



Alka

Alejandro Fau

1

En mi vida he atravesado circunstancias de lo más diversas, algunas dulces como la caricia de una madre, y otras tan amargas como la traición de un amigo. Pero en conjunto puedo decir que he tenido una buena vida y no me arrepiento de nada de lo que he hecho, aún cuando mi acción halla sido errónea y mi punto de vista equivocado. Todo lo que he hecho ha contribuido a que mi vida fuese como ha sido y, finalmente, para que hoy me encuentre aquí, en esta habitación austera y silenciosa sentado en un alto taburete de madera, ante este papiro amarillento y con una pluma de ganso en mi mano, con el único e irrenunciable propósito de contar así mi historia.

No, no soy alguien tocado por la fama, ni siquiera un hombre santo pese a las sencillas ropas que me dan, quizá, el aspecto de un asceta peregrino. Tampoco soy un sabio que viene a iluminar el mundo y a sacarlo del caos en el que las malas gentes y los oscuros intereses lo han metido; y, menos aún, un farsante o fabulador ambulante que pretenda divertirlos o asombrarlos para esquilmarlos de ese modo su dinero. Soy un hombre común, tan común como cualquier otro, como cualquiera que haya nacido de mujer o que aún nazca. Pero creo que he tenido una oportunidad que quizá otros no han tenido, la de equivocarme, reconocerlo, y cambiar el rumbo de mi vida hacia un destino que nadie ha imaginado siquiera que fuese posible...

Mi nombre es Alka, y me he desempeñado como Escriba Real por más de cinco años; cargo que heredara de mi padre, quien lo había ejercido hasta que llegó un otoño en que murió en silencio. Pocos en el reino de Goëdelham podían acceder a él, ya que en su gran mayoría se trata de campesinos sin ninguna instrucción, o de nobles señores y cortesanos que no quieren distraer su tiempo de las orgías y juegos a los que dedican gran parte de sus siempre insatisfechas vidas.

Yo aprendí el oficio de mi padre, y no tenía otro remedio que pasar con él las horas, ya que antes de que cumpliera mi primer año, mi madre falleció a causa de la fiebre Handka y las nanas no querían acercármese por miedo a que yo también padeciese la enfermedad y pudiese contagiarlas. Mi padre se vio forzado a llevarme con él a su trabajo y a cuidar de mí entre página y página de su labor tan digna e importante para las arcas del estado; ya que su principal función, era la de redactar los textos de los impuestos, los que serían aplicados aún antes de que la tinta se hubiese secado sobre la piel ajada de los pergaminos reales, y los correspondientes bandos que serían leídos en las calles.

Al morir mi padre no hubo discusión ni duda de que el cargo me pertenecía. Tampoco había muchas personas capacitadas para ejercerlo salvo los religiosos de la abadía, y éstos estaban exentos por sus divinos votos de máximo aislamiento. Tampoco era algo a lo que yo me pudiese rehusar aún habiéndolo querido; rechazar un nombramiento impuesto por el Rey era imposible según las leyes y solo podía abandonárselo por causas graves de fuerza mayor, o, como en el caso de mi padre, por fallecimiento.

No era tan malo después de todo. Se me brindaba habitación cómoda dentro de palacio para mi vivienda, compartía la mesa del Rey, y tenía asignado un salario de cinco mil monedas de plata al año que bastaban para complacer cualquier capricho que se me antojara. Además, era un buen partido a los ojos de las señoras nobles con hijas casaderas, y se me tenía en gran estima por mi capacidad infrecuente y la corrección de mis modales, tan propios de un gran señor aún no procediendo de ninguna casa noble, siquiera de las de menor importancia. Simplemente era El Escriba, ni más ni menos que eso, tan poca cosa a la vista del Rey como cualquiera de las mucamas, y tan importante para él como el más letal de sus generales.

Era una tarea agradable la mía, laboraba solo en las mañanas, redactando nuevos escritos, o reemplazando aquellos que por su antigüedad se encontraran tan deteriorados que casi no

podrían ya leerse. Y fue así que aprendí la historia, y es que pueden verse en las leyes de los pueblos, desde los días antiguos hasta el presente, la trayectoria de su gloriosa evolución, o los inequívocos signos de su oculta decadencia.

Los días discurrían en calma, entre mi tarea y los alegres juegos en los jardines reales que organizaban cotidianamente los cortesanos; en las veladas de música y lujuria, a las que eran tan afectos el Rey y sus allegados; o en mis ocasionales paseos nocturnos, ya sea en soledad o acompañado de alguna de mis furtivas conquistas entre las jóvenes de noble cuna. Ya lejos habían quedado los días de las guerras por el trono en las que culminó triunfante el actual monarca, Fettel III, quién gobernaba desde hacía siete décadas.

Todo marchaba bien, como ya he dicho, hasta que en uno de mis paseos solitarios por los almenares algo llamó mi atención. Del poblado, que yacía rodeando los altos muros de palacio, una algarabía de voces llegó hasta mí despertando el hado de la curiosidad siempre dispuesto. Nunca bajaba hasta el poblado salvo cuando había feria, y aún así, lo hacía en compañía de una guardia por si se suscitaba algún tipo de desagradable contrat tiempo.

Desde mi elevado puesto oía las canciones que subían desde las tabernas entonadas a voz en cuello por las gentes. Una hoguera brillaba en medio de la plaza del mercado, en torno de la cual bailaban algunos la música alegre que, con inusitada gracia, tocaba un grupo de harapientos buhoneros que habían llegado al reino esa mañana. Un nuevo sentimiento se instaló en mi corazón, y quise ver de cerca ese espectáculo que a todas luces parecía maravilloso.

Bajé las escaleras casi con descuido, la gente de palacio reía a carcajadas con las groserías del bufón con que habían obsequiado al Rey unos nobles de otras tierras. Incluso la guardia se hallaba distraída espionando por las ventanas aquello que sucedía en los salones. Envuelto en mi capa oscura atravesé el puente sobre el foso, a pié para no llamar la atención de la custodia de la entrada; aunque sabía que a esas horas estarían bromeando con las mujeres de otros en las cocinas.

Una extraña sensación de libertad se apoderó de mí. Vagaba por las calles de un modo anónimo y despreocupado disfrutando ese momento como lo haría un chiquillo que se escapa a la hora en que debiera estar durmiendo. Voces roncadas de alcohol entonaban canciones sin sentido, y reían a carcajadas ante alguna broma tonta o ante el triunfo de una apuesta que garantizaba otro y otro trago. Torcí hacia el norte por la calle de los tenderos para ir hacia la plaza. Un hombre yacía recostado contra una pared con los pies atravesando mi camino y la cabeza ladeada sobre el hombro, como dormido. Con sigilo pasé sobre él para no inquietarlo. Un gato huyó asustado, y se ocultó en una pila de basuras disgustado por mi intromisión en sus correrías nocturnas. Dos calles más adelante, una figura acurrucada en un portal sollozaba quedamente y con amargura. Pasé rápido a su lado para evitar ser reconocido, aunque deduje que en su estado no me prestaría siquiera la más mínima atención. Torcí primero a la derecha, luego a la izquierda y de nuevo a la derecha, y la plaza se me reveló en toda su amplitud ante mi vista. No había señales de ninguna hoguera, un silencio pesado y oscuro se arrastraba por el pavimento. No había nadie allí, salvo dos personas en una de sus esquinas que susurraban palabras extrañas y violentas como discutiendo sin llegar a un acuerdo. El paisaje entero enmudeció de pronto, uno de ellos movió rápidamente su mano y hubo un destello frío de metal y muerte, y el otro cayó lentamente luego de un murmullo ronco y un quejido ahogado. El matador, aún estaba de pié y se movió de prisa. Revisó los bolsillos del muerto guardando su contenido, recogió su sombrero que había caído al piso, y se alejó presuroso por una estrecha calle débilmente iluminada que había a un lado. Decidí que ya había visto demasiado para un día y me dispuse a volver con el corazón saltándome en el pecho.

Taña fue mi sorpresa al descubrir que el puente había sido levantado cuando llegué al palacio. Miré desesperadamente al cielo para observar la luna, y calcular así la hora, debían ser casi la una y sabía que por seguridad el puente era levantado a medianoche. Nadie podía entrar o salir de palacio después de esa hora y hasta que despuntara el día. Estaba en peligro, deduje, los sucesos que había presenciado así lo sugerían y una sensación en mi estómago lo confirmaba. Menudo revuelo se armaría cuando descubrieran mi desaparición en la mañana. Tendría que dar muchas explicaciones sobre mi comportamiento, eso, siempre y cuando aún estuviera vivo para poder darlas.

2

Marché sin rumbo por las calles vacías. No llevaba dinero encima para pasar la noche en ninguna posada, y no me atreví a solicitar refugio en ellas por temor de ser reconocido. No tenía otra opción que deambular por ahí hasta el amanecer tratando de no llamar la atención.

Un grito me heló la sangre. Venía desde atrás a mi izquierda. Al voltearme, vi una pequeña silueta huyendo desde un callejón perseguida por una figura tosca, ebria y bamboleante, que gritaba con voz pastosa y agitaba en el aire un enorme cuchillo. La pequeña sombra tropezó conmigo y cayó de bruces en un charco maloliente a mi costado. El otro, con ojos desorbitados e inyectados en sangre, se abalanzó sobre mí. Solo por instinto llegué a patearlo en su prominente barriga antes de tomar a la pequeña figura por un brazo y salir huyendo tan velozmente como me lo permitían las piernas y mi aterrorizado cerebro. No se cuánto tiempo corrí ni por dónde pero, al voltear en una esquina, caí extenuado y jadeando me apoyé en un muro. Me costó un tiempo recobrar el aliento, lo mismo que a mi acompañante, quien yacía sobre el adoquinado apenas sostenido por mi mano que aún apretaba con fuerza su brazo.

Una vez repuesto del susto y la corrida, una extraña euforia fue ganándome el ánimo y comencé a reír primero quedamente, como para mí mismo, y luego en sonoras carcajadas que resonaron en las miserables callejas en donde estábamos.

- *Será mejor que te calles si no quieres que te corten el cuello* -dijo mi acompañante, y el sonido de su voz me dejó petrificado. Fue como si los ángeles del cielo hubiesen depositado en ella toda la suavidad y ternura de que disponía el universo para toda la eternidad.

- *¿Cómo te llamas?* -pregunte sorprendido, y descubriéndose el rostro más bello que he visto en mi vida casi susurrando contestó:

- *Arianne, pero eso no importa ahora. Debemos irnos antes que los perros de Wolthan nos encuentren...* -acto seguido se puso velozmente de pie y, antes de comenzar nuevamente a correr, me miró fijamente y dijo: *¡Sígueme!*

Corrimos sigilosamente, si es que ésto puede hacerse, y de tanto en tanto nos deteníamos para escuchar si nos seguían. Avanzamos y retrocedimos tantas veces que ya no tenía idea de dónde nos encontrábamos. Un rato antes, al doblar por un callejón oscuro no más ancho que un pasillo, me pareció que estábamos cerca del cementerio viejo, jamás había llegado tan lejos en mi vida, casi en el límite sur de la zona poblada. Pero de eso hacía ya un rato, y ya no tenía ninguna referencia.

Ingresamos por una puerta baja en un estrecho corredor que desembocaba en una empinada escalera de piedra, la que descendía hasta una habitación de escaso mobiliario y poco iluminada. Arianne encendió unas velas y colocó unos trozos de carbón en una pequeña estufa de hierro que hacía las veces de cocina. Era fascinante ver cómo se movía en un espacio tan estrecho con una velocidad y gracia que envidiarían los más eficientes mucamos de la corte.

- *¿Dónde estamos?* -pregunté mientras me quitaba la capa y la acomodaba de modo que me sirviera de cojín en un tosco banco de madera. Arianne me miró con detenimiento, estudiándome, y dijo como al descuido:

- *En un lugar seguro, aunque viendo tus vestidos creo que simplemente te parecerá una pocilga ¿De dónde eres? No te había visto antes por aquí...*

- *Mi nombre es Alka, -dije- y soy un mercader de paso. -mentí.*

- *Alka... Aquí en Goëdelham tenemos un Alka, y espero que no vayas a ser como él.* -dijo, y sus ojos se achicaron como los de un animal dispuesto a atacar.

- *¿Por qué lo dices? Por lo visto parece no tenerle mucha simpatía.*

- *Tanta como al verdugo,* -respondió mientras ponía a calentar agua en la estufa- *y de hecho es como si lo fuese... es el Escriba Real, es quien legaliza la palabra del tirano.*

- *Bueno,* -respondí, tratando de suavizar la cosa- *quizá simplemente es un empleado que recibe órdenes y debe cumplirlas...*

- *También la mano que mata recibe órdenes y no por ello es menos culpable del crimen que comete.* -replicó con amargura- *¿Puedes ayudarme con el té?*

Al voltearse para pasarme los jarros, quedó ante mi vista algo que no había notado antes: Su brazo izquierdo estaba cercenado a la altura del codo, del que pendía una borla de piel de *kxiel*, apenas cubriendo la oscura cicatriz, como tratando de embellecer tanta tragedia.

- *¿Qué le pasó a tu brazo?* -dije con cierto aire entre pena y asco.

- *Se pudre en la plaza del mercado como ejemplo para aquellos que osan tocar la bolsa del recaudador de impuestos.*

Súbitamente relampagueó ante mí la imagen de un decreto que había redactado semanas antes, donde se daba cumplimiento efectivo a esa pena, para instrucción del pueblo en sus deberes para con el soberano. Una punzada de dolor se instaló en mi pecho.

- *¿Qué te trae a Goëdelham, aparte de rescatar ladronas?* -preguntó sonriendo para cambiar de tema.

- *¿Es por eso que odias tanto a aquel que lleva mi nombre?* -insistí.

- *Por esto* -dijo señalando su brazo- *y por todo lo demás. Verás, en la fiesta del Retorno se mutila en la plaza a aquellos ciudadanos que no cumplieron con los plazos de pago de impuestos durante el año; y en el cumpleaños del Rey, todas las muchachas que cumplieron los catorce ese año están obligadas a participar en las orgías de celebración en el palacio; y...*

- *No, no sigas, por favor...* -una inmensa angustia se había apoderado de mí, me recordaba a mí mismo disfrutando del banquete cada año junto al Rey y la nobleza; cómo en cada juego en los jardines de palacio se decidía el monto que se exigiría en un nuevo impuesto que caería sobre las cabezas de los miserables campesinos que sostenían el lujo y el derroche de la corte y sus caprichos. Sentía asco de mí mismo, odio por mí mismo y culpa, casi ganas de morir...

- *Toma tu té, te sentirás mejor... Al menos ya sabes con quién comerciarás, si es que a eso has venido. Pero debo disculparme ante ti por causarte tal pesar, hoy has salvado mi vida y me siento en la obligación de agradecértelo...* -dijo, mientras lentamente se me acercaba y con su mano sana desprendía suavemente su camisa.

- *Por favor no,* -me excusé, separándola delicadamente de mi lado- *estamos a mano, también tú me has salvado trayéndome hasta aquí y dándome refugio esta noche.*

Me miró con gesto intrigante pero no dijo nada. La ayudé a servir el té y charlamos largamente de distintas cosas. Me puse al tanto de la realidad que existía más allá de los muros de palacio, dentro de los cuales nada se sabía de la verdad de la vida sino aquella que inventaban los siniestros asesores reales, y el mismo Rey, para mantener la algarabía artificial en la que discurría la vida de la corte. A medida que me informaba, más me avergonzaba de mi propia participación en ese carnaval de explotación e injusticia que dominaba al pueblo. Más rencor acumulaba hacia el Rey y sus secuaces, quienes hacían y deshacían a su antojo. Incluso el Sumo Sacerdote estaba implicado en la corrupción que infestaba el reino como un cáncer.

Arianne también preguntaba, y me vi forzado a inventar historias sobre sitios que no conocía y personajes que nunca habían existido. Historias tan bellas según decía, que quería acompañarme cuando partiera hacia mi supuesta patria, aún en condición de esclava si así yo lo quería. Le dije que haría lo posible, pero no podía prometerle nada. En realidad, yo mismo no

sabía cómo haría para escapar de aquel infierno en el que había vivido sin saberlo durante toda mi vida.

Arianne volvió a insistir en que debía agradecerme de algún modo el haberla rescatado. Estaba a punto de decirle que no cuando se despojó de toda vestimenta y quedó totalmente desnuda ante mí. La belleza que irradiaba su cuerpo hacía olvidar por completo que le faltaba un brazo. Absolutamente cautivado por su gracia y su sonrisa, comencé a quitarme lentamente la ropa. No voy a decir que fue lo mejor que me pasó en la vida, pero se le aproximó bastante. Finalmente se durmió con una sonrisa de ángel inocente que me estremeció. Antes de partir tome papel y pluma que siempre llevaba conmigo, y redacté apresuradamente un certificado de eximición de impuestos para su familia, y un salvoconducto que haría que no fuese detenida si intentaba abandonar el reino. A falta de tinta usé té oscuro para escribir, y, dejado que hube los documentos sobre la mesa, me marché en silencio para no perturbar su sueño.

Cuando salí a la calle ya había comenzado a clarear el día. Luego de vagar un rato pude ubicarme y resueltamente me dirigí a las puertas de palacio. Soborné al guardia con un poema de amor para su prometida, inspirada mi alma por Arianne, y sigilosamente marché a mis aposentos con el corazón acongojado y el ánimo deshecho.

Sería algo así como el mediodía cuando la puerta de mi escritorio se abrió de pronto e ingresó la guardia. El mariscal personal del Rey venía al frente, con el rostro pálido de ira y el gesto desencajado.

- *¡Arréstenlo!* -gritó, y los guardias se abalanzaron sobre mí como perros de presa y me inmovilizaron al punto. Indignado intenté la resistencia.

- *¡Con qué derecho se atreve a entrar así aquí! ¡Soy la palabra del Rey, soy el Escriba Real!* -grité tratando de imponerme. El mariscal me cruzó el rostro de una bofetada y me miró fieramente con sus ojos echando chispas.

- *¡Callad traidor! ¡Ya veremos lo que tengas que decir ante la corte! ¡Llévenselo!*

Me arrojaron en un calabozo como si fuera un saco de papas. Pusieron doble guardia a la puerta, y no me dieron alimento ni agua pese a mis reclamos durante dos días. Finalmente vinieron a buscarme, me bañaron a baldazos fríos, me vistieron, me alimentaron miserablemente y me dieron a beber algo que me provocó primero náuseas y luego un sopor confuso antes de llevarme a juicio público en la plaza.

Encadenado entre dos fornidos guardias fui conducido al estrado como si fuese un criminal peligroso. La corte en pleno estaba ahí. El Rey se encontraba sentado en su trono, el que había sido puesto sobre un estrado alto de cuyos lados partían las graderías en las que habían sido acomodados los nobles según su rango. A sus pies, apenas por debajo de éstos, el Sumo Sacerdote me contemplaba como una serpiente a punto de saltar sobre su presa. Unos metros detrás de mí, y del propio estrado en el que me encontraba, un vallado y un cordón de guardias mantenían a raya al pueblo que se empujaba entre sí para lograr una mejor perspectiva del asunto.

Un heraldo se adelantó con un pergamino en sus manos, lo desenrolló y un pesado silencio cayó sobre la plaza. Comenzó a leer en voz alta para que todos pudiesen oírlo. Primero vendrían los anuncios protocolares y se nombraría a cada uno de los miembros del Consejo, y todo ese palabrerío al que estaba acostumbrado por haber redactado muchas de las sentencias en mis días de Escriba Real, así que me distraje mirando entre las gentes a ver si podía encontrar entre ellas a Arianne. Mi inspección fue interrumpida por el espanto al descubrir un brazo de mujer pendiendo de una estaca en una esquina junto a otro ya casi descarnado por el sol y por el tiempo. Fue un shock violento, pese al sopor en que me encontraba a causa de la bebida que me habían obligado a tomar, pero la parálisis sobrevino cuando la profunda voz de barítono del heraldo dijo:

- *...y El Honorable Consejo Supremo del Reino de Goëdelham, ha hallado culpable al ex-ciudadano Alka del delito de Alta Traición. Y por su falta de lealtad al soberano y a su pueblo se sentencia, en este mismo acto y al solo efecto del pedido de clemencia solicitado por el Sumo Sacerdote, que el reo sea sometido a la Justicia Divina. Y para ello, se decreta que el mismo sea trasladado, para dar cumplimiento a este recurso, al sitio determinado para la prueba: el desierto helado de Storm.*

Era el fin. Conocía de qué se trataba esta farsa pese a no haberla redactado nunca. Era un recurso engañoso que obedecía a cuestiones de índole político-religioso en la burocracia del reino. Legalmente no podían condenarme a muerte, ya que ese tipo de decisiones correspondían tomarlas solo al Supremo Hacedor, y siendo el pueblo mayoritariamente

religioso, era peligroso para el Estado transgredir las leyes de la iglesia. Así que, con la anuencia del Sumo Sacerdote, para evitar conflicto de poderes, se había inventado esta parodia con la que todos quedaban muy contentos. El procedimiento seguido era simple: Se abandonaba al reo en estado de inconsciencia a no menos de una semana de marcha forzada del límite más próximo del desierto de Storm, y se lo olvidaba para siempre como si nunca hubiese existido. Se le dejaba comida y agua para un día, ya que el Altísimo seguramente no tardaría más que eso en decidir su suerte. Sí, era una ejecución limpia y efectiva. Nadie conocía los límites del desierto, ya que todos los que se habían internado en él jamás habían regresado. Era un sitio inhóspito y helado, en donde si no morías de hambre o de sed, te aniquilaba el frío. Fui conducido de nuevo al calabozo en espera del día en que se haría efectiva mi condena. Lloré por mi alma, y no sé por qué, pero más lloré por Arianne...

Me despertó el frío. Estaba entumecido, no sentía mis piernas y no sabía si estaban congeladas, o si el efecto era producto de las drogas que me habían dado para mantenerme en estado de inconsciencia mientras era conducido a mi destino. Comencé a golpearlas con violencia para ver si reaccionaban y, poco a poco, un hormigueo fue trepando por ellas. Había un bulto a mi lado, las provisiones, supuse. Tras una rápida inspección, logré un inventario completo de mis pertenencias: Una botella con algo más de medio litro de agua, algunas galletas saladas, y un cuchillo... Seguramente lo habían puesto allí como un acto de piedad, con la esperanza de que me quitara la vida por mi propia mano.

Como un flash aparecieron los sucesos de los últimos días en mi mente, y entendí la torpeza que había cometido en mi intento de hacer algo justo. No había tenido en cuenta que, por su condición, Arianne no sabría leer y se habría visto forzada a enseñarle a alguien los documentos que le había dejado antes de marcharme de su casa. Ese fue el error. También, seguramente, me habría odiado al conocer mi verdadera identidad, y ella, o quizá aquel que leyera los papeles, me había denunciado. Me sentí un idiota, yo mismo me había condenado al intentar resarcirme de la culpa que sentía al ser partícipe de su desgracia. Pese a todo, decidí que merecía una oportunidad de purgar mi error en vida, y no aceptando la muerte como camino me dispuse a resistir. Racioné mis escasos alimentos con la esperanza de poder salir de ese infierno helado en que me hallaba. Sabía que el desierto de Storm se extendía más allá de las montañas orientales y mis ojos buscaron ávidos ese punto de referencia... Nada. No importaba hacia dónde dirigiese la mirada el paisaje era exactamente el mismo: una nada interminable casi sin relieve se extendía desde donde estaba hasta el horizonte. El sol era una cosa irreal, cubierto por una capa de nubes que no dejaban verlo; la luz espectral que proyectaba el astro no provenía de ningún lugar en particular, con lo que intentar determinar mi posición me era imposible. Pese a esto me puse en marcha para contrarrestar el frío que se hacía más intenso a medida que el viento comenzaba a soplar con mayor fuerza.

Al tercer día de marchar sin rumbo ya había agotado mi pobre bagaje de galletas, y mis labios se hallaban partidos por la falta de agua. Tropezaba con mis propios pies al intentar avanzar de modo vacilante, ya que, sumada a mi creciente debilidad, la incertidumbre de no conocer hacia dónde me dirigía hacía que dudara a cada paso.

Durante el quinto día, a duras penas podía arrastrarme por la superficie pedregosa y fría del desierto helado. Mis ojos se encontraban resecos como mi lengua y ya no me quedaban lágrimas para humedecerlos. Ya sufría de alucinaciones, veía exquisitos manjares servidos en fuentes de plata que retrocedían a medida que, desesperado, intentaba llegar a ellos. Mi estómago de retorció y estrujaba, preso de las convulsiones y dolores lacerantes que me producían las visiones y mi intento de alcanzarlas; aún así, no detuve mi marcha ni por un instante. Mi cuerpo se deterioraba en proporción directa al aumento de mi intención de resistir a cualquier precio.

Al séptimo día mi voluntad se quebró. La noche anterior una leve llovizna había caído sobre mí logrando calarme hasta los huesos, pero en mi pobre estado no había podido juntar lo suficiente para apagar la sed. Ya no tenía fuerzas suficientes para utilizar el cuchillo, que aún conservaba, para ponerle fin a mi vida. Mi corazón lloró sin lágrimas, y me tendí de lado instintivamente para partir del mundo tal como había llegado a él, totalmente entregado a la voluntad divina.

Fui despertado por el crepitar de un fuego que ardía a mis espaldas. Me volví sobresaltado y allí estaba. Su figura se confundía con las llamas de la hoguera que lo separaban de mí. Sin tiempo para pensar, aferré el cuchillo dando a entender que no le sería fácil atraparme. Contrariamente a lo que supuse no se movió en lo más mínimo, y, más desconcertante aún, no dejó de sonreír ni por un instante. En mi estado de confusión solo atiné a extender mi brazo esgrimiendo el puñal para protegerme de cualquier ataque. Y él, por toda respuesta, me tendió un jarro humeante con té recién preparado.

- *Vamos, tómallo antes de que se enfríe, -dijo- vas a necesitarlo, hoy hará mucho frío. -y se me quedó mirando con el brazo extendido copiando mi actitud.*

Me era totalmente desconocido, jamás lo había visto en mi vida. Llevaba un raído jubón oscuro que alguna vez debió de haber sido azul, botas altas y gorro de piel del que escapaban algunos mechones de cabello entrecano. Su piel, curtida por el sol, resplandecía con orgullo allí donde su espesa barba le dejaba espacio. Me impresionaron sus ojos, oscuros y profundos, que poseían un extraño brillo de incalculable antigüedad, y una extraña mirada que se me antojó más vieja que el mismo mundo. El conjunto de su imagen inspiraba respeto, más no temor.

- *¿¡Qué quiere de mí, qué busca!?* -inquirí, aferrando aún más fuertemente el cuchillo ante su incesante vista.

- *¡Oye, esa no es forma de tratar a alguien que quiere evitar que te congeles! -y agregó- ¡Vamos! toma tu té y compórtate, se un buen chico ¿quieres?*

Estaba confundido, supuse que quizá fuese una alucinación, quizá el tipo no existía, ni el fuego, ni el té. Quizá ya había muerto y eso era el infierno. No lo sabía. Intenté arrojarle el arma, pero mi debilidad hizo que ésta cayera a sus pies. Me sentí abatido.

- *Vamos, vamos, tómate tu té antes de que se enfríe* -repitió no dándole importancia a mi frustrada agresión, como si no le importara en lo más mínimo.

Como un autómatas tomé el jarro entre mis manos, estaba caliente. Al menos eso no era una alucinación, pensé. Bebí despacio sin perderlo de vista. El té estaba realmente bueno, y sentí como poco a poco el calor invadía mi cuerpo. Me acerqué un poco al fuego para calentarme. El hombre parecía inofensivo, pero yo no pensaba sacarle el ojo de encima; nunca se sabe.

- *¡Vaya que das trabajo! Toma, ponte esto. -dijo resoplando a la vez que me alcanzaba un jubón parecido al suyo- Ya te dije que haría frío, y además el camino será largo.*

- *¿El camino a dónde?* -pregunté temiendo lo peor.

- *Bueno... no lo sé... ya veremos. -me respondió tranquila y despreocupadamente.*

Miles de imágenes me asaltaron el cerebro. ¿Sería este hombre la Muerte que venía a llevarme, o simplemente me había vuelto loco?

- *Un... un momento -balbuceé- ¿¡Quién-es-usted!?* -dije casi gritándole.

- *Capitán Pisthburwlgth para servir a usted, señor -dijo poniéndose de pie y quitándose el gorro, mientras hacía una amplia y exagerada reverencia- Pero puedes llamarme Capitán, o Pist a secas nomás, se que es difícil pronunciarlo todo.*

- *¿¡Capitán! ¿qué quiere decir con eso?* -pregunté pensando que quizá se tratara de un verdugo de la guardia del Rey.

- *Bueno... Capitán es quien está a cargo de una nave y es responsable de su carga y pasajeros -y con un gesto de duda agregó- ¿entiendes lo que digo?*

- *... de su carga y pasajeros... ¿¡Es usted marino, acaso!?* -exclamé sorprendido mirando incrédulamente el desierto en que nos encontrábamos. Y luego de pensarlo un instante, dijo:

- *Algo así por el estilo... Pero vámonos de una vez ¿Viénes?* -y sin más se puso en marcha.

- *¡Oiga! ¡El té, los jarros..!* -grité, señalando los objetos que había dejado.

- *Oh, sí, sí... Déjalos, ya no los necesitamos* -respondió sin darse vuelta ni dejar de caminar. Corrí tras él. Caminaba a buen ritmo, y silbaba una extraña melodía para acompañar el vaivén de su marcha. Cuando le di alcance pregunté:

- *¿Qué quiere usted de mí?*

- *¿Sabes escribir, verdad?*

- *Sí, claro...* -respondí con cierto temor, ya que parecía saber bastante sobre mí.

- *¡Perfecto! Serás mi cronista de viaje.* -y, dedicándome una amplia sonrisa, retomó su silbido y continuó marchando.

- *¿Y si me niego?* -dije deteniéndome.

- *Bueno, allí te quedas* -respondió sin aflojar el paso ni volver la cabeza para mirarme- *Tú elige, si vienes vienes, y si no te quedas; ya encontraré otro* -y agregó con aire resignado abriendo los brazos y mirando el cielo- *¡Al fin y al cabo no debes ser el único que sabe!*

Caminamos un largo rato en silencio. Me hallaba cada vez más desconcertado. No podía entender lo que me estaba pasando, ni quién era el tipo ése ni de dónde había venido. Me quería como su cronista de viaje, pero aparentemente le daba lo mismo cualquiera... De todos modos decidí ir con él, hasta que saliéramos del desierto ése que parecía no tener fin. Quizá el tipo era un chiflado, o quizá no. Decía ser capitán, en teoría debía de tener una nave en alguna parte y, si esto era cierto, estaba salvado. Me propuse averiguarlo.

- *Oiga, ¿falta mucho?* -pregunté lo más ingenuamente posible.

- *¿Falta mucho para qué?* -dijo intrigado.

- *¡Pues, para llegar a su nave!* -repliqué como si fuese obvio.

Se detuvo en seco. Se dio la vuelta para enfrentarme, y me miró con aire grave estudiándome detenidamente. De pronto comenzó a reír ante mi desconcierto y dijo:

- *Veo que no has comprendido en absoluto la cuestión.*

- *¡Muy bien señor inteligente, dígame cuál es la cuestión si puede saberse..!*

- *¡Que estamos viajando en ella!*

- *¿¡¡¡Cómo!!!? ¿¡Que estamos viajando en qué!?* -dije al borde de la ira.

- *¡En mi nave, tonto!* -y lo dijo tan suave y dulcemente, que quedé tieso. Luego sonrió complacido y reanudó su marcha silbando alegre su tonada.

Llevábamos ya seis días de marcha entre piedra y arena helada, y ya había desistido de averiguar, tras varios e infructuosos intentos, de dónde sacaba el capitán la comida y el fuego que nos mantenían con vida. Sencillamente aparecía en cuanto yo me descuidaba. Según el capitán, las vituallas y la leña provenían de las bodegas de la nave Eä, en la cuál viajábamos. Lo espiaba continuamente, y de súbito, como si me hubiese dormido por un instante, o quizá durante algún pestañeo, allí estaba el fuego encendido y el caldero humeante donde se cocía nuestra cena. Terminé por aceptarlo, no tenía otro remedio...

Era de noche, y el capitán se encontraba tendido de espaldas con las manos tras la nuca mirando el cielo claro y sin nubes. Yo permanecía en silencio desde la mañana, ya que a cada una de las preguntas que le hacía, el capitán me respondía como si se tratara de una conversación entre niños, lo que me molestaba muchísimo, ya que opinaba que subestimaba mi capacidad intelectual de un modo deliberado.

De improviso Pisthburwlthg quebró el silencio:

- *¿Has notado qué bello está el océano hoy?*

Sobresaltado por la profundidad del tono de su voz, traté de evadirme haciéndome el distraído:

- *¿Qué océano?*

- *Ése ¿Cuál otro?* -dijo señalando con su mentón hacia la altura.

- *Ése no es el océano* -respondí- *es el cielo, por si no lo sabe.*

- *Pues por él navegamos...* Entre destellos de estrellas y negrura de abismos, con destino incierto y rumbo seguro... -canturreó sonriendo.

Cuando el capitán se ponía en ese estado, sabía que podía esperarme cualquier cosa. Daba por sentado que sufría ataques de delirio, y que no podía hacerse otra cosa más que escucharlo o seguirle la corriente hasta que se le pasara. De todos modos solo le daba por hablar y eso era todo. No me parecía peligroso.

- *Sabes,* -prosiguió- *no se por qué crees que estoy loco, cuando supuestamente el loco peligroso eres tú. Al menos eso es lo que alegaron al destituirte del cargo de Escriba Real ¿No es cierto?*

- *¡Esas son mentiras!* -grité- *Fui injustamente condenado por tratar de...*

- *Lo sé, lo sé, tranquilízate* -me interrumpió- *Tu y yo lo sabemos, pero nadie más. Sé que obraste creyendo hacer un bien y tratando de impedir que se cometieran graves injusticias... pero deberías haberte dado cuenta de que al Rey no le resultaría nada agradable que promulgases una ley en su nombre por la cual la gente no pagara sus impuestos, y mucho menos que se permitiera escapar a sus súbditos del reino...*

- *¡Pero él no es un Rey justo!*

- *¿Y a quién le importa? Es el Rey de todos modos, eso no puede cambiarse así como así.*

En ese instante me di cuenta de que estaba discutiendo con el capitán como quién discute con alguien que hubiese estado presente cuando se dieron los hechos, y estaba absolutamente seguro de que él no estaba cuando todo eso sucedió.

- *¡Un momento! ¿Usted cómo sabe todo eso?*

- *Bueno... ¿Acaso no lo sabes tú?*

- *¡Usted no estaba durante el juicio ni en la ciudad cuando se me dio sentencia! Yo lo habría sabido, alguien me lo hubiera dicho, usted no es alguien que pueda pasar desapercibido ¿sabe?*

- *Es verdad ¿Pero qué importa eso? Te condenaron de todos modos...*

- *¿Cómo que no importa!?* -repliqué al borde de la ira- *Usted no estaba ahí ¿Cómo puede saber qué pasó?*

- *¿Cómo sabe el ave dónde se encuentra el norte cuando llega el invierno? ¿Cómo sabe el salmón el camino que lo lleva donde ha nacido para allí desovar? Simplemente lo sé ¿No basta con eso?*
-respondió serenamente.

Presentí que algo me ocultaba, presentía que en realidad él no estaba loco ni yo tampoco... presentí, en ese mismo instante, que todo el universo estaba loco... Allí estaba yo, vivo en medio del desierto, en compañía de alguien que razonaba con una lógica impecable en un mundo que estaba plagado de incoherencia. Si bien Pist me tenía desconcertado, él comprendía aquello por lo que yo había pasado, y, básicamente, estaba de acuerdo conmigo en la intención de lo que había hecho, aunque no en el método que había empleado para llevarlo a cabo. Creí oportuno cambiar mi actitud hacia él, ahora hasta casi me resultaba un tipo simpático.

- *Capitán ¿Puedo hacerle una pregunta?*

- *La que quieras* -dijo como si fuese obvio.

- *¿Por qué vino a salvarme?*

- *Yo no vine a salvarte. Nadie puede salvarte, nadie puede salvar a alguien que no quiera ser salvado...*

- *Pero sin embargo me ha salvado* -insistí.

- *Yo no te salvé, te salvaste tú solo. Solo te di una oportunidad, y tu la has aceptado, creo.*

- *Bueno, si quiere verlo de ese modo... ¿Por qué me dio una oportunidad entonces?*

- *Quizá porque era justo* -dijo tranquilamente- *Además, bien podías haberte quedado en donde te encontré. Tú elegiste venir conmigo, y te recuerdo que no eres mi prisionero, sino mi cronista.*

Me quedé pensando un rato en lo que acababa de oír. Pist tenía razón, él no me había obligado a venir. Yo había elegido acompañarlo, y no sabía hacia dónde nos dirigíamos ni que haríamos cuando llegáramos, si es que alguna vez llegábamos a alguna parte. Estaba confundido. Me sentía enfermo, quizá realmente me había vuelto loco. Comencé a llorar en silencio ocultando el rostro con mis manos.

- *¿Qué te sucede?* -me preguntó dulcemente mientras apoyaba su mano en mi cabeza- *Por primera vez en la vida tomas una decisión acertada y resulta que te angustia no saber cuál es. Elegiste la incertidumbre activa, y eso te atormenta. Por primera vez eliges algo que no sabes, y es, aunque no lo creas, lo mejor que podía pasarte; eso es casi no elegir. Míralo de éste modo, hay mucha gente que en lugar de arriesgarse para descubrir algo nuevo, prefiere sentarse a recordar el pasado ¡Y, créeme, no hay mejor modo de perder el tiempo!*

Me abrazó muy tiernamente, como si fuese un niño pequeño el que lloraba, y suavemente comenzó a cantarme una canción de cuna que aún hoy, al recordarla, me tranquiliza el alma...

*La luna corre en el cielo
a contar a las estrellas
que un nuevo niño a nacido.
Un niño bello como el día,
un niño de luz, brillante como un sol.
Tendrá la fuerza de un toro
y un corazón de león,
la astucia de los dragones
y la felicidad de los ángeles...
Duerme mi niño de luz,
duerme soñando un mañana.
Te abriga de estrellas la noche,
te acunan dulces las olas
y te regalan su espuma...*

Desde la cima helada de la duna en que me hallaba, podía ver en derredor la vastedad del mundo en que me había aventurado con el capitán Pist. Era una planicie helada de arena y piedras que se prolongaba por días, quizá semanas, más allá de la vista. Nos rodeaba un vacío total de forma, transformando el escaso relieve en la más absoluta monotonía. Todo se parecía a todo, y si no fuese por nuestras huellas, que se perdían en la distancia detrás de nosotros, daba lo mismo que me dijeran que no hacíamos más que caminar en redondo por un pequeño espacio de algunos cientos de metros.

Ya había perdido la cuenta de los días que llevábamos en el desierto caminando y caminando, a mi parecer, sin sentido. Pero debían de ser muchos en verdad, ya que había comenzado a extrañar cosas tan simples como la silueta de un árbol, el murmullo de los arroyos y la fragancia de las flores... incluso el pesado ambiente, cargado de olores menos agradables, que existía en las caballerizas reales... y hasta la rigidez cadavérica de las ciudades y las construcciones humanas... Hubiera dado cualquier cosa por estar en medio de un mercado, hundido en su atronador bullicio de vociferar de tenderos y clientes, ante el chismorreo de las comadres; por ver esa explosión de color de los puestos con sus mercancías que recordaban al mundo que el mundo existía. Pero ante mi vista, solo se extendía la pálida y uniforme extensión del helado desierto de Storm.

El capitán se encontraba atareado con la comida, tratando de darle algún sabor distinto a ese menjunje pastoso que nos servía de alimento, cosa que siempre lograba pese a mi asombro. Se lo veía sereno y alegre y, como de costumbre, cantando alguna extraña melodía para acompañarse en su tarea. Bajaba a echarle una mano con el almuerzo cuando me pareció notar en el aire un algo extraño. Era como un rumor lejano que se acercaba lentamente, como si un gran ejército se acercara a nuestro encuentro. Giré en redondo para subir nuevamente a la duna y tratar de ver qué era eso y de dónde provenía, y, al llegar a la cumbre, me puse a atisbar en todas direcciones aguzando el ojo todo lo posible pero sin lograr ningún éxito. El rumor crecía y crecía, y podía distinguir que se trataba de voces, pero no podía identificar la dirección de la que provenían. Debe ser mi imaginación, pensé, así que me dispuse a volver al campamento. Al dar la vuelta descubrí algo que me dejó tieso como una roca: Docenas de tiendas de mil colores se alzaban en torno a nuestro pequeño fuego. Cientos de personas iban y venían en todas direcciones transportando las cosas más diversas y exóticas: Bultos de ricas telas, jaulas con pájaros de plumajes nunca vistos, cajas con objetos preciosos, y millones de cosas más... incluso había alguien tratando de acomodar un elefante en un lugar que no entorpeciera el paso de los otros. Corrí al encuentro del capitán, que se hallaba aún junto a su viejo caldero de hierro, y al llegar hasta él, dije casi gritando y lleno de entusiasmo:

- ¡¡Capitán, capitán, estamos salvados!!

Pist ni siquiera levantó la cabeza, tan solo interrumpió su canto para comentarme con aire divertido:

- *Si crees que ellos pueden salvarte, estás perdido. Ellos no vinieron a salvar a nadie, sino a buscar a alguien que los salve a ellos...*

- ¡¿Cómo!?

- *Lo que oyes, buscan al salvador.* -dijo volviendo a su tarea.

- *¿Y quién es el salvador?*

- *No lo saben... puede ser cualquiera según ellos. Podría ser un Rey, o un Mesías o cualquier otro... En realidad no les importa quién sea, con tal que los salve. Puede que hasta seas tú ¿Que te parecería si fuera así? ¿Serías feliz siendo el Rey de ésta gente? No, no lo creo... no das el tipo ¿Qué tal su Mesías? Sí, eso sería más fácil... No tienes que hacer nada, solo demostrarles que son una banda de ignorantes... Pero no, creo que tampoco funcionaría, te falta experiencia para hacer eso... No, mejor te sientas y comes y te olvidas del asunto* -concluyó sonriendo.

- *¿Acaso no nos pueden ayudar a salir del desierto?* -pregunté confuso.

- *¿Y para qué crees que buscan al salvador sino para poder salir de aquí?*

- *Bueno, -repuse- pero podríamos viajar con ellos para tener compañía ¿no?*

- *De todos modos viajamos juntos en la misma nave, aunque sigamos caminos en apariencia diferentes.* -dijo.

Me quedé un rato mirándolo. No podía entender cómo podía estarse tan tranquilo entre aquel alboroto. Su respuesta, si bien me parecía absurda, me había puesto a pensar. Me pareció entender su postura: ir con ellos solo nos distraería un rato ¿y luego qué? ¿Ayudarlos a encontrar un salvador? ¿Convertirnos nosotros en sus salvadores? Sí, era una pérdida de tiempo; entendía su postura.

Una clara sensación de soledad comenzó a invadirme, pero lejos de deprimirme me daba tranquilidad. Debía hacer muchas cosas por mí mismo antes de intentar hacer algo por los otros. Era extraño, pero me sentía feliz de haber podido comprender una situación antes de lanzarme compulsivamente a embarcarme en ella.

- *Sí, creo que llegarás a ser un buen Rey* -me dijo repentinamente Pist, y se me quedó mirando esperando mi reacción.

- *Yo no quiero ser Rey* -repuse.

- *Y sin embargo lo serás* -sentenció pasándome un cuenco con comida.

- *¡Pero yo no quiero ser Rey!* -insistí angustiado.

- *¡Vamos, no es tan terrible!* -dijo riendo- *Bastará con que seas tu propio Rey y a la vez tu propio sirviente.*

Me quedé viéndolo reír a carcajadas con ese gesto infantil que tienen los niños cuando hacen una broma. Cuando se tranquilizó un poco, decidí seguirle el juego porque me gustaba verlo en ese estado. Así que con el aire más señorial que pude conseguir le dije:

- *Señor Capitán, tendría usted a bien pasarme la sal?*

- *No* -respondió gravemente.

- *¡Vaya! Veo que no soporta usted las bromas. No se lo pido como se lo pediría a un esclavo, se lo pido como un favor... le falta un poco, sabe.* -dije señalando mi plato.

- *La respuesta aún es la misma: No.*

- *¿Pero por qué, hice algo mal acaso?*

- *No, no es eso, solo que ya no tenemos. Les di la que quedaba a uno de esos tipos que andan por ahí* -respondió señalando con el pulgar detrás de sí, y terminó guiñándome un ojo- *Recuerda que debemos cuidar de los pasajeros.*

- *¡Yo también soy un pasajero! ¿lo olvida usted?*

Un niño del grupo de peregrinos se me acercó, y a la vez que me tendía un puñado de sal se dirigió a Pist en éstos términos:

- *Oye, ¿cómo soportas a este pesado? Ellos no me creen, pero no me dan tanto trabajo como te da a ti este solo* -y luego de dirigirme una mirada de reproche, se alejó corriendo porque los otros ya habían juntado sus cosas, y se disponían a reanudar la marcha.

- *¿Y quién es ése?* -le pregunté asombrado a Pist.

- El Capitán Friedichbowlz, claro. Esta gente está a su cuidado y no lo saben. Si solo le hubiese tocado a uno de ellos quizá ya lo hubiesen descubierto, pero éste es el que les toca a todos, al grupo en su totalidad. Nunca antes había sucedido algo así, pero son los tiempos que corren... Solo espero que alguna vez lleguen a darse cuenta.

Estuve a punto de decir algo al respecto, pero me contuve. Sabía que la respuesta no me aclararía nada de la situación, así que puse mi mejor cara de *¡Claro!*, que guardo para estas ocasiones, y seguí comiendo como si nada hubiese pasado.

Era media mañana, el cielo estaba claro y el aire frío llenaba mis pulmones transmitiéndoles un aliento fresco que invitaba al ejercicio. Podrá parecerles absurdo, pero nuestra marcha se tornaba cada vez más encantadora.

Desde hacía unos días habíamos adquirido una costumbre, que al principio me pareció incómoda, tonta y aburrida pero, que luego descubrí que me era muy útil en la marcha cotidiana: Nos sentábamos con la espalda erguida y las piernas cruzadas, para luego comenzar a relajar el cuerpo hasta quedar absolutamente quietos de frente hacia levante. El resto era aparentemente fácil, pero no lo era para mí, había que dejar de pensar... "Debes prepararte para la acción. Debes primero detener tu cuerpo, luego tu mente y por último tu corazón", me había dicho Pist. Él sostenía que para enseñarme a caminar, primero debía enseñarme a estar quieto. Me costó entenderlo, pero con el tiempo descubrí que tenía razón; me cansaba mucho menos en la larga marcha que realizábamos cada día, y, además, me ponía de buen humor...

- *Capitán, ¿puedo hacerle una pregunta?*

- *La que quieras, siempre lo haces de todos modos...*

- *Hay algo que me ha intrigado desde muy pequeño. Ya he preguntado a muchas personas, y cada uno me ha respondido de manera diferente. Es algo que me persigue y a lo cual no encuentro una respuesta.*

- *¿Y que puede ser eso?* -retrucó sin dejar de caminar.

- *¿Cómo comenzó todo? Y quiero decir "Todo": el cielo, las estrellas, los pájaros, las flores... todo eso que hay.*

- *Bueno, no es una pregunta fácil.* -dijo deteniéndose y mirándome a los ojos- *Ven, vamos a sentarnos un rato ¿quieres?*

Nos acomodamos a la sombra de unas rocas, y tras estar un rato pensativo dijo:

- *Supongo que hay muchas formas de responder a esa pregunta que tienes, y debe ser por eso que te han dado respuestas tan variadas. Cada cual ha de tener su preferida, y yo no estoy exento de eso, solo puedo darte mi propia opinión al respecto. Pero creo que, de todos modos, todos queremos decir lo mismo y lo único que cambian son las palabras...*

- *Bien, igual me gustaría saber su versión del asunto. Tal vez de ese modo pueda llegar a encontrar alguna propia.*

- *Bueno, si así lo quieres. Pero para que no te aburras con una extensa explicación, voy a contestarte contándote una historia, como uno de esos cuentos que nos contaban cuando éramos niños y querían hacernos dormir soñando cosas bellas... Cierra los ojos, y procura no dormirte por favor. Esto que vas a oír es la Historia de las Edades y el Aglar...*

Hice lo que me había pedido y, cuando me encontré absolutamente relajado, su voz comenzó a invadir suavemente mis oídos con un tono dulce y monocorde al principio, para acomodarse luego a las exigencias del relato:

" La Edad del vacío duró más que todo el resto de la eternidad. La primera Edad, fue la Edad del Fuego, y duró solo un instante. Una luz cegadora que arrasó con el vacío abismal y helado colmándolo de tiempos y espacios infinitos. Un huracán de luz y calor, tan intensos como nadie podrá imaginar jamás. Y en la esencia de ese mismo fuego ya existía el Aglar, inmutable a todo ese suceso, envuelto en su propia forma, en su propio tiempo y en su propio espacio.

Luego llegó la Edad de la Tierra, y todo se fue poniendo más y más denso, he hizo aparecer la primera forma, lo sólido y lo quieto. Y el Aglar seguía ahí, inmutable en su propia forma, tiempo y espacio, como un testigo mudo de aquello que pasaba. Entonces la Edad del Aire llegó, y agito con incontables voces la materia que se había desarrollado dotándola de movimiento. Mezclando y remezclando esa masa, imprimiéndole la diversidad de las formas, y millones y millones de elementos aparecieron de las distintas combinaciones de lo que era y seguía siendo, pese a todo, la misma y única cosa. Y el Aglar estaba ahí, en su propia forma, tiempo y espacio, y como siempre esperando quién sabe qué con su paciencia infinita.

Con la agitación de las voces del viento y la materia apareció la lluvia, y con ella fue la Edad del Agua. La diversidad del todo se transformó en un mar más denso que el mercurio, en una indiscriminación tal que ya nada podía diferenciarse... Una masa oscura, que se agitaba con la furia de las tempestades que se habían desencadenado por vez primera. Y en medio de esa indiscriminación amorfa de las cosas estaba el Aglar, inmutable en su propia forma, paciente en su propio tiempo, y ocupando su propio espacio. Soportando las titánicas presiones de ese abismal océano que quería disolverlo, que creía poseerlo...

Y fue que, animado por los rayos que partían de las nubes de tormenta, el denso océano estalló en pedazos. Una explosión de billones y billones de cosas y colores esparciéndose por todas partes... Fue allí donde nacieron las estrellas y las galaxias, los planetas y sus lunas, los pájaros y las flores, y todo, absolutamente todo... Aparecieron los Cuásares, que derramaron su luz y su energía poderosa en los espacios infinitos. Pero junto con ellos, aparecieron también esos abismos negros que con sus vampíricas bocas devoran la luz y todo a su paso. Y ahí también estaba el Aglar, quién seguía en su propia forma, en su propio tiempo y su propio espacio, aguardando un algo que estaba más allá de todas estas cosas...

Fue entonces que los vampiros de la luz precipitaron el todo por sus bocas, devorando las estrellas y galaxias, y todo lo que había y fue, hasta que finalmente solo ellos quedaron junto al Aglar... Y quisieron disputarse el privilegio de devorar lo único que quedaba. Fue una lucha cruel y sin cuartel la que se libró entre ellos, y se devoraron entre sí hasta que solo quedó uno, poderoso y enorme como el abismo. Un ser único y oscuro que lo ocupaba todo en derredor del Aglar, pero pese a su poder tan total y desbastador no pudo con él. Y en la furia voraz de la que estaba poseído, comenzó a devorarse a sí mismo hasta finalmente desaparecer. Y solo quedó el Aglar, rodeado de la nada abismal y eterna...

En ese mismo instante, y como si ésto estuviese esperando, el Aglar se abrió. De su interior partió una luz cegadora como un rayo que llenó los abismos. Un inmenso mar de formas y colores indecibles que de ella brotaron, formando nuevas estrellas y galaxias, todos los planetas y sus lunas, los nuevos pájaros y flores, y todo lo que ahora es... Pero en su mismo centro algo distinto había aparecido, algo que nunca antes había habido. Una forma enteramente nueva y en continua transformación, una forma dotada de luz propia y de conciencia de todo y de sí, una nueva manifestación con universo propio... Apareció el Hombre, y su propio contenido que lo incluye todo, el nuevo Aglar que lo contiene todo... incluso el próximo Aglar..."

La voz de Pist se apagó suavemente, como alejándose. Permanecí aún un rato en el más completo de los silencios. Podía sentir el viento cantando entre las rocas con voces hermosas e incontables. Abrí lentamente mis párpados y vi al capitán en la misma posición que cada mañana al despuntar el día, las piernas cruzadas, la espalda erguida y los ojos cerrados. Tenía el rostro completamente relajado y una expresión de paz como no había visto en hombre alguno.

Su respiración era lenta y profunda, y en torno a su cuerpo brillaba una tenue luz casi irreal, como de magia. Conté cien latidos de corazón antes de hablar:

- *Es sin dudas una bella historia, capitán. No se si será cierta, pero es la más bonita respuesta que he recibido a mi pregunta. Incluso hasta me pareció ver las imágenes como si estuviese ahí, le doy las gracias y...*

- *¿¡Eh, eh!? ¿Cómo? ¿Qué dices?* -dijo Pist visiblemente sobresaltado.

- *¡Su historia! ¡La respuesta a mi pregunta! ¿Acaso ya no se acuerda?*

- *¡Oh, claro! Discúlpame* -dijo desmereándose- *Creo que me quedé dormido ¿Dónde estábamos? ¡Ah, tu pregunta! Bueno, quiero que te relajes y cierres los ojos, pero esta vez trata de no dormirte nuevamente ¿quieres?*

- *¿Cómo que trate de no dormirme?* -dije indignado- *¡Usted se duerme y luego quiere echarme el fardo a mí!*

- *Vamos, no me hables de esa manera. Admite que te quedaste dormido, yo me dormí después, cansado de esperar a que despiertes.*

Estaba a punto de replicar cuando noté algo distinto en el ambiente. ¡La luz! Sí, la luz era distinta. El sol estaba a punto de ponerse ¡Habían pasado muchas horas desde que me había dispuesto a escuchar su relato! Era cierto, me había quedado dormido, y no solo eso, ¡también había estado soñando!

- *Espera, espere un momento* -dije- *Tiene razón, me dormí, discúlpame. Pero he tenido un sueño de lo más extraño...*

- *Si quieres contármelo, te escucho. Mientras tanto prepararé la cena.*

Serena y pausadamente le hice un relato de lo que había visto y oído, deteniéndome en las sensaciones, en los colores y en cada movimiento. Cuando concluí, el capitán me miró largamente y dijo:

- *¿Estás conforme con esa respuesta?*

- *Parece una buena explicación, al menos es bonita ¿no cree?*

- *¡Claro que sí! Pero me gustaría saber por qué, teniendo esa respuesta, has seguido preguntando y preguntando todo el tiempo.*

- *¡Pero si acabo de soñarlo!*

- *Lo cual indica que siempre lo has sabido, aunque no te hallas dado cuenta* -y con una amplia sonrisa agregó- *La mayoría de nuestras preguntas son inútiles, sabemos las respuestas, solo debemos tratar de recordarlas...*

El sol estaba a punto de desaparecer en el horizonte y ya comenzaban a aparecer las primeras estrellas. La cuestión estaba clara, pero aún me quedaba algo por resolver... ¿por qué había oído la voz de Pist dentro de mi sueño en lugar de oír la mía? Le hice la pregunta durante la cena, y él se limitó a sonreír mientras decía:

- *¡Tú dímelo! O quizá ese secreto sea una pregunta que aún no estás preparado para recordar...*

Ya me era imposible saber cuánto tiempo llevábamos en Storm, entre la arenisca y la roca helada, atravesando un paisaje monótono en donde todo se parecía a todo. Uno podía avanzar en cualquier dirección sin notar jamás un cambio. El desierto era como una enorme tumba donde moría el color, tornándose en un gris eterno; donde moría el sonido llevado por el viento hasta trocarlo en silencio... Pero no, no era una tumba, sino un cementerio. Un cementerio inmenso donde los hombres enterraban a los muertos y los vivos para olvidarlos, con la esperanza de que desaparecieran del recuerdo de los ancianos y de los sueños de los niños. Storm era el cementerio en donde fui enterrado junto con la esperanza de un pueblo, esclavo de un Rey, un pueblo que tal vez jamás llegue a ver un verdadero acto de justicia.

- *Capitán, ¿por qué caminamos y caminamos y nunca llegamos a ningún sitio?*
- *Ha de ser porque no vamos a ninguna parte, no es nuestro objetivo.*
- *¿Y cuál es entonces?* -dije desilusionado.
- *Como mi cronista debes estar preparado para comprender lo que digo y de qué hablo. Nuestro primer objetivo es aprender a comunicarnos.*
- *¿Pero si hablamos el mismo idioma!*
- *Lo que implica entonces que debes ser sordo, o simplemente tonto, ya que no te cansas de decir que no me entiendes.* -replicó con una sonrisa maliciosa.
- *Me está ofendiendo y no veo el...*
- *¿Acaso estoy mintiendo?* -interrumpió.
- *Bueno, no lo se, tal vez* -dije pensativo- *Pero es cierto que si bien hablamos el mismo idioma, y entiendo cada palabra que dice, no llego a captar el significado de lo que quiere decirme.*
- *Sucede que estás más acostumbrado a entender que a comprender.*
- *No trate de confundirme con sus juegos de palabras ¿Acaso no son la misma cosa?*
- *No, de ninguna manera.* -replicó moviendo la cabeza- *Entender significa organizar las cosas en una dirección lógica, siguiendo una tendencia. Y Comprender, es no excluir nada, aún aquello que no encaja en una dirección lógica determinada. El principal problema está en la textualidad que le damos a las cosas, ese vicio que tenemos de aferrarnos a las palabras; y es por eso que debemos estar muy seguros de lo que decimos.*
- *Sigo sin poder ver cómo es eso de que no podemos comunicarnos correctamente si hablamos el mismo idioma* -insistí.
- *Porque el lenguaje ordinario no está preparado para tratar con globalidades o contradicciones, y, lo que pretendo comunicarte, tiene mucho que ver con eso. El lenguaje ordinario nos fuerza a separar las cosas para poder entendernos, pero esto evita que comprendamos totalmente la idea, aunque nos esforcemos por lograrlo. Y es por el vicio discriminativo que tienen las palabras que utilizamos que ésto pasa. La naturaleza última de la realidad, está más allá de toda descripción verbal, pero bueno... no se puede construir un edificio sin utilizar andamios, los que, lógicamente, no forman parte de la estructura...*
- *Capitán...*
- *¿Qué?*
- *Cada vez entiendo menos de lo que dice.*
- *Mira* -prosiguió-, *las palabras son andamios que nos ayudan a construir las ideas, una vez completada la construcción no te aferres a los andamios, deshazte de ellos. Las redes de pesca se utilizan para atrapar a los peces, pero una vez que los han pescado, los hombres se olvidan de las redes. Para cazar conejos se utilizan trampas, pero una vez que los has cazado, te*

olvidas de las trampas y te comes al conejo. Las palabras se utilizan para transmitir las ideas, pero cuando se han captado las ideas, la gente debería olvidarse de las palabras...

- *O sea, que si nos atenemos a lo textual, jamás podremos comprendernos aunque hablemos en el mismo idioma -afirmé.*

- *Bueno, casi casi, no es tan así tampoco. Todo depende del lenguaje. Existen muchos lenguajes, y con algunos es mucho más fácil comprender que entender. A éstos se los llama Sagrados, y no son lenguajes ordinarios precisamente, son simbólicos...*

- *¿Y usted conoce alguno?*

- *Sí claro, varios.*

- *¡Maravilloso! Enséñeme alguno y charlemos luego -y me acomodé para no perderme de nada.*

- *¡Es lo que estoy haciendo desde que nos encontramos! -dijo tranquilamente y como si fuese lo más obvio.*

- *¿Y en qué momento? -pregunté estupefacto.*

- *Continuamente.*

- *¿Y cómo no me he dado cuenta?*

- *Tu lógica no se ha dado cuenta, pero el resto de ti sí.*

- *¿Y cómo lo sabe? -me hallaba cada vez más confundido.*

- *Simple, ya no me tratas como al principio, obviamente algo has comprendido.*

Permanecí un rato callado pensando en lo que acababa de oír. Tenía razón, ya no lo trataba como antes. Había dejado de asustarme con las cosas que hacía o decía, y nuestra relación había mejorado con el correr del tiempo. Había pasado de ser un tipo intrigante, demente y casi peligroso, a ser una persona por la que sentía cierto afecto, casi un amigo... o no, no casi, él era mi único amigo.

Por fin pregunté:

- *¿Puede decirme alguna cosa más de esos lenguajes?*

- *Sí, solo aproximaciones, ya que son intraducibles a la lengua ordinaria, pero lo intentaré de todos modos -se quedó un rato cavilando antes de proseguir- Verás, como ya te dije, estos lenguajes se manejan a través de símbolos, y estos símbolos se acuerdan por medio de asignar a cada uno de ellos un conjunto de manifestaciones de lo que se quiere decir...*

- *Cualquier lenguaje hace eso -interrumpí.*

- *...sucede -prosiguió acusando recibo de mi intervención- que las manifestaciones de lo que se quiere nombrar, por lo general, se contradicen entre sí y se tornan inentendibles para nuestro razonamiento lógico habitual porque no pueden relacionarlas. De ahí que generalmente no sepas de qué te hablo.*

- *Deme un ejemplo.*

- *Bien, probemos con otra cosa -dijo para sí resignado- ¿No has oído hablar de la Astrología? -preguntó de pronto.*

- *¡Claro que sí! He charlado y discutido infinidad de veces con Targram, el Astrólogo Real -me miró con el rostro iluminado por el asombro- Es un conjunto de supersticiones populares que...*

- *¡No, no! -me interrumpió- Es un lenguaje Sagrado.*

- *Pero Targram dice que los astros deciden cómo serán las cosas y las personas, y si éso no es superstición...*

- *La Astrología es un lenguaje donde el cielo es el elemento significativo y las cosas y los individuos el elemento significado, y precisamente trata, en el plano simbólico claro, de la unión del significativo con el significado. De ahí que los astros no deciden lo que es o será el individuo, sino que lo expresan. -afirmó.*

- *Pero Targram dice...*

- Mira, que alguien diga que los bueyes solo sirven para comérselos, no quiere decir que no sirvan para dar leche, mover un molino, arar la tierra o para ayudarnos en cualquier otra cosa más provechosa que servirnos de almuerzo. Si hay alguien que cree que solo sirven para comérselos allá él, no voy a decir que esté equivocado, pero sí demuestra que sabe bastante poco sobre bueyes...

Me quedé en silencio tratando de ligar eso que dijo con nuestra charla previa sobre el lenguaje. De pronto me di cuenta que no tenía nada que ver con eso, pero que era exactamente eso.

- ¡Vaya! Te parecerá absurdo, pero creo que te comprendo -dije feliz.

- Y yo te diría que aún no comprendes nada, solo estás empezando a entender de qué te hablo. Ya lo sabes, cuídate de lo que dices o escribes, de la textualidad de las palabras, ya que no solo puedes confundir a los otros o a ti mismo, sino que también puedes ser condenado por ellas ¿no? -y se lanzó a reír a carcajadas como si hubiese escuchado el mejor de los chistes...

El cielo estaba claro esa mañana, el aire frío hacía resaltar los contornos del paisaje dándole un cierto aspecto de irrealidad por la nitidez extrema con la que llegaba a nuestros ojos. El capitán, cosa rara en él, se encontraba muy callado. Marchaba en silencio escrutando el horizonte con el ceño fruncido, como si con eso pudiese poner más atención.

- *¿Qué es lo que está buscando?* -dije intrigado por su actitud, pero él no respondió. Algo no andaba bien, Pist no era de estarse tan callado. Inmediatamente me concentré en el paisaje a ver qué podía descubrir. Cualquier cosa resaltaría en la nada que se veía desde allí. De pronto exclamamos al unísono:

- *¡Allí! ¡Allí está!*

Una columna de humo espeso se alzaba en la lejanía, apenas un hilo elevándose en el cielo, pero por la distancia calculé que sería enorme... A medida que nos acercábamos pude distinguir de dónde provenía. Era una ciudad, una mole circular e inmensa, y el humo partía desde su mismo centro.

- *¿Es éso una ciudad?* -pregunté incrédulo.

- *Selene, así se llama.* -dijo el capitán- *La Amurallada.*

Trepamos hasta una loma cercana para verla mejor. Cuando llegó a la cima, Pist se sentó en una piedra y esperó pacientemente a que yo llegara. Realmente me había agotado esa subida, y cuando llegué me desplomé a su lado.

- *¿Por qué vinimos aquí, por qué no vamos a la ciudad?* -pregunté aún jadeando.

- *Fíjate bien.* -propuso señalando con su dedo a la gran mole.

Me pasé un rato mirando con mucha atención. Aún desde esa distancia podía verse el ir y venir de la gente en su interior como si se tratase de un gran hormiguero. Los guardias se paseaban por encima de las murallas, y podía oírse el lento sonar de un tambor de sonido primitivo y bajo. Sabía que debía buscar algo en ésa imagen, pero por más que me esforzaba no podía dar con ello. Cuando lo hice, casi no pude creerlo y exclamé asombrado:

- *¡No tiene puertas!*

- *No* -confirmó el capitán.

- *¿Y cómo entran los viajeros entonces?*

- *Nadie puede entrar en Selene, los guardias lo matarían antes de que pudiera acercarse lo suficiente.*

- *¿Y cómo hacen para salir de allí?*

- *Nadie puede salir de Selene* -dijo tristemente.

Quedé perplejo, no podía dar crédito a lo que acababa de oír.

- *¿Acaso es una especie de ciudad prisión?*

- *No exactamente. Nadie sale porque nadie quiere salir, y nadie entra porque piensan que todo lo que pueda venir de afuera es peligroso y dañino. Sus habitantes nacen, viven y mueren dentro de esas murallas sin saber qué es lo que hay afuera. Creen en lo que dice la tradición, que afuera hay horror y destrucción, dolor y desamparo...*

- *Bueno, tal vez no están tan equivocados* -dije mirando el desierto- *Pero no puedo concebir que nadie halla salido jamás.*

- *De tiempo en tiempo alguien escapa para ver que hay más allá de lo que conoce o le contaron sus mayores* -admitió Pist-, *pero ya no puede volver.*

- *¿¡Por qué!? No irán a dispararle ¿verdad?*

- *No estés tan seguro de eso.*

- *¡Pero lo conocen, lo han visto durante toda su vida!* -afirmé incrédulo.

- *Por eso mismo. Quien escapa es un traidor a la tradición y a los suyos. Quien escapa ya no es reconocido como alguien que pertenece a Selene, ya no forma parte del clan.*

Me quedé pensativo mirando la ciudad. Podía sentir el júbilo que reinaba en esa fortificación, el aroma de los alimentos cociéndose en ese fuego central, y que flotaba como una tentación irresistible. Veía a algunas mujeres amamantando a sus hijos, mientras charlaban animadamente junto a los enormes calderos; un anciano contaba historias a un grupo de niños que se había juntado en torno suyo, maravillados. Pero había algo más, la sensación de encierro que producía el conjunto de esa ciudad sin puertas, el aislamiento de su entorno, aún del más cercano.

- *Me estremece este sitio* -dije al fin- *Es como una trampa mortal. Quisiera que nos marchemos de aquí.*

- *Luego, primero debemos comer y descansar. Duerme un rato, yo veré qué consigo para el almuerzo.*

Tuve sueños inquietantes. Soñé que había nacido en una tribu de caníbales y que si me descuidaba me comerían. Veía unas figuras que danzaban alrededor de un fuego al son de los tambores, mientras un desdichado hervía en un enorme caldero negro y borboteante. Veía cómo una mujer gorda y de grandes senos bamboleantes, extraía trozos de carne de esa olla tenebrosa y los repartía entre la gente...

Me despertó el olor, era sabroso. Había dormido durante horas y ya comenzaba a esconderse el sol. Pist, ni bien abrí los ojos, me tendió un cuenco rebosante de la comida más exquisita que comiera nunca. A cada bocado sentía que mi cuerpo gozaba de una manera indecible. El cuenco era engañoso, parecía llenarse a medida que yo comía de él. Comí hasta el hartazgo y casi caí extenuado.

- *¿De dónde sacaste éso?* -dije señalando la comida.

- *La traje desde Selene.*

Sentí un nudo en la garganta y recordé mi sueño.

- *¿Qué contiene?* -dije casi desfalleciendo.

- *Nada que te perjudique. Carne de res, hortalizas, arroz y esas cosas... ¿Por qué lo preguntas?*

- *Olvídalo* -dije- *¡Oye! ¿Cómo conseguiste entrar ahí?*

- *Bueno, por el mismo sitio por donde escapé ya hace mucho tiempo... Fue bueno volver a ver los viejos rostros conocidos, lástima que todavía sigan allí...* -tenía cierto aire nostálgico en la mirada- *Adivina quién te envía saludos.*

- *¿¡Qué!?*

- *Qué, no. Quién.*

- *No* -repuse asustado.

- *Todos.*

- *No comprendo.*

- *Aunque no lo comprendas voy a decírtelo. Esa ciudad que ves allí, no está allí en realidad. Todos provenimos de algún lugar parecido a Selene, y llevamos nuestro origen con nosotros grabado a fuego en la memoria.*

- *Oiga, mi casa no se parece en nada a esa cosa horrible que hay allí...*

- *Lo sé, pero no te estoy diciendo eso. Eso que ves ahí, es solo un símbolo, y representa nuestro más defendido territorio, nuestras creencias, nuestro hábito defensivo, aquello que conocemos a la perfección. Todo ese conocimiento es nuestra principal herramienta. Selene es solo un símbolo de todo eso, de ahí que bromee diciendo que todos te envían saludos; lo que hay ahí te*

conoce tanto como tú lo conoces. Representa tu familia, tu pasado, tu clan, el lugar al que perteneces, al que pertenecemos todos... es como nuestra madre, es la Gran Madre.

Reflexioné un instante, traté de digerir todo aquello del mismo modo en que digerí la comida, hasta que en un instante súbito sentí todo aquello como propio. Algo en mí se sentía molesto y a la vez feliz de estar afuera de esas murallas. Por fin dije:

- *Oiga, Pist. ¿ya podemos irnos?*

- *¡Vaya! Creí que nunca lo dirías* -contestó aliviado.

Mientras marchábamos, podía ver alejándose de nosotros a Selene. Se veía el resplandor de sus fuegos intestinos, se oía el murmullo de algún rito que sería transmitido de generación en generación, y el sonido de esa cálida reunión dentro de la protección de las murallas apagándose en la distancia. A la luz de una orgullosa luna llena que se elevaba hacia el cenit, vi resplandecer la plateada imagen de Selene recortándose contra un cielo negro y profundo plagado de misterio. Esa fue la imagen que guardé como una joya en el arca insaciable de mi memoria...

Una paloma se desprendió de la noche como una gota blanca y refulgente en la negrura. Fue como si una estrella cayera de pronto y se posara gracilmente en la cabeza entrecana del capitán. Ante mi asombro, él continuó caminando como si nada hubiese ocurrido.

- *Capitán...* -comencé a decir señalando su cabeza.

- *Lo sé, lo sé, -me interrumpió- es la señal.*

- *¿Y qué significa?*

- *Que ya estamos cerca.*

- *¿Cerca de dónde?* -dije mirando intrigado hacia adelante.

Repentinamente el sol comenzó a descender los velos de la noche, y pude ver a la distancia una ciudad magnífica que se alzaba ante mis ojos. Eran una serie de construcciones geométricas dispuestas en un raro diseño. A diferencia de la anterior, ésta estaba rodeada de grandes arcos de donde partían innumerables calles y avenidas, tanto hacia adentro como hacia afuera de sus propios límites.

- *Allí está.* -señaló Pist- *Lekinar, la ciudad de los arlequines.*

- *¿Vamos a entrar?*

- *Claro que sí, no hay otra alternativa. Aquí es donde se cruzan todos los caminos del mundo...*

Las calles estaban atestadas de gente que se paseaba entre millares de puestos y tiendas, que con sus mercancías abarcaban todo lo imaginable. El bullicio era terrible, y en él se mezclaban las más diversas lenguas y dialectos. En las plazas y las esquinas, breves claros entre la gente, había saltimbanquis y malabaristas que jugaban con el público y entre ellos, hacían malabares con todo aquello que caía cerca de sus veloces manos. Varias veces, algunos chiquillos vestidos de arlequines vinieron a ofrecernos sus servicios de intérpretes o de guía para recorrer la ciudad, a los que Pist rechazaba alegremente bromeando con ellos, o arrojándoles monedas que hacía aparecer ante su mirada absorta.

Me maravillaba la seguridad con la que se movía por esa intrincada red de calles, callejones y avenidas que conformaban Lekinar. Creo que de no haber estado con él me hubiese perdido irremediabilmente.

Uno podía comprar, vender o canjear lo que quisiera en aquel sitio. El capitán se detuvo ante un puesto donde un mercader ofrecía hierbas medicinales, y sacó de su jubón un manojo de raíces que arrojó sobre el mostrador ante el asombro del dueño.

- *¡Mandrágora!* -exclamó sorprendido el hombre- *¿Qué quieres a cambio?*

- *Nada* -respondió serenamente Pist.

- *¿Estás seguro?* -replicó atónito el mercader- *Puedo ofrecerte en canje cualquier cosa que veas, y si no la ves, solo pídelo. Puedo conseguir cualquier cosa que quieras.*

- *Agradezco tu intención, pero no quiero nada a cambio.*-dijo el capitán, que ya comenzaba a caminar nuevamente.

- *¡Vamos, pídemelo lo que quieras!* -insistió el hombre, quien empezó a seguirlo con gesto preocupado.

- *No empieces con tus cosas, Pist* -agregué- *Es justo que te dé algo a cambio.*

El capitán se puso serio. Se detuvo y volteó hacia nosotros enfrentándonos. Nos miró alternativamente a uno y otro, como reflexionando lo que había dicho cada uno. Por fin, encaró al comerciante y dijo:

- *Bien, voy a pedirte algo a cambio. -el hombre sonrió aliviado- Si alguien llega a ti con necesidad de Mandrágora, y no tiene nada que darte a cambio, dásela de mi parte. Puedes venderla, pero debes guardar un poco para ésto que digo. Es una raíz rara y costosa como bien sabes, y obtendrás buena ganancia de ella. Haz ésto por mí como pago.*

El mercader asintió en silencio y con aire grave se marchó lentamente, cavilando confundido, hacia su puesto. Yo permanecí callado, esperando entre aquel bullicio que ya comenzaba a marearme.

- *En cuanto a ti -dijo el capitán-, no tenías por qué intervenir. El hombre ya me había pagado.*

- *¿Cómo es eso?*

- *Sabía cómo reaccionaría, y que me brindaría un perfecto ejemplo para mostrarte. Verás, generalmente -y comenzó a caminar mientras lo seguía- la gente cree que debe dar algo a cambio por aquello que recibe. Si no lo hacen, tienen la sensación de que se quedarán en deuda irremediabilmente. El hombre, culturalmente, no está acostumbrado a simplemente recibir, y esta es la causa principal de que le cueste tanto dar sin recibir algo a cambio. Este mercader cambiará algo en su vida, dará sin recibir nada a cambio para pagar su deuda conmigo; y de todos modos lo hubiera hecho, aunque no se lo hubiese pedido, porque más tarde o más temprano descubriría que era el único modo de pagarme. Quien de él reciba hará lo mismo por otro, ha pedido y le fue dado, tiene una deuda que pagar, y así hasta que se cierre el ciclo.*

Medité largamente mientras caminábamos en silencio entre aquel gentío.

- *Pist, -pregunté finalmente- ¿Con quién es tu deuda?*

- *Con la vida, Alka, con la vida.*

- *¿Pero de dónde sacaste esas raíces?*

- *De la tierra ¿de dónde más?*

- *Entonces tu deuda es con la tierra.*

- *No, a ella ya le di las gracias...*

- *¿Y a la vida no?*

- *Trato de dárselas continuamente con lo que hago -respondió.*

Cruzamos innumerables plazas, vimos incontables mercados y nos cruzamos con millares de personas. Atravesamos la alegría viviente de esa ciudad de lado a lado, y nos hundimos en sus juegos y colores, en su continuo cambiar de forma, en su curiosidad sin límites, en su ingenuidad casi infantil...

Había cambiado mi cuchillo, que hasta ese momento había conservado inútilmente, por un antiguo catalejo, bella y ricamente ornamentado, de gran valor, y me encontraba feliz por haber realizado, según mi entender, tan provechoso negocio. Pero, cuando casi habíamos abandonado la ciudad, un grupo de ladronzuelos me lo arrebató de las manos y se perdió entre el gentío en todas direcciones. El capitán sonrió complacido, como si hubiese estado esperando que éso sucediese, y tranquilamente dijo:

- *Olvidaba decirte que Lekinar también es eso.*

Comenzamos a marchar hacia el helado desierto, luego de que intentara inútilmente reconocer entre la gente a aquellos que me habían arrebatado mi única pertenencia. Tenía especialmente grabado en la memoria el rostro de uno de ellos, un niño que me recordaba a alguien pero no podía recordar a quién. Me hallaba de mal humor a causa de mi propio descuido cuando, imprevistamente, y ya habíamos puesto bastante distancia entre la ciudad y nosotros, Pist puso en mis manos mi cuchillo al tiempo que preguntaba:

- *¿Creíste que habías perdido tu arma, eh!?*

- *No necesito un arma -repliqué-, trato de bastarme a mí mismo. ¿Cómo lo conseguiste?*

- También olvidaba decirte que he vivido en Lekinar por algún tiempo. Y escucha bien ésto que te digo: Quien te ofrece algo de mayor valor que lo que tienes para darle, es porque espera quedarse con ambas cosas. Tú creíste que habías hecho un buen negocio y no fue así, un buen negocio es solo cuando ambas partes obtienen lo que quieren. Un negocio siempre es compartido, sino, simplemente no es negocio, es estafa...

Caminamos incansablemente durante días. El frío y el viento escarchaban nuestras huellas y las esparcían por el aire hacia la nada. La monotonía del paisaje comenzaba a aburrirme, y sentí que eso no terminaría nunca, que permanecería en ese sitio irremediamente hasta el fin de los tiempos sin volver a ver un rostro agradable en mi vida. Era como si estuviese condenado a permanecer con el capitán por toda la eternidad, vagando y vagando por el desierto de Storm. Asaltaba mi memoria de cuando en cuando, como ahora, el recuerdo de las tardes de sol en Goëdelham. De cómo disfrutaba de la compañía de los cortesanos en los jardines reales, y de mis furtivas escapadas con alguna doncella hacia los bosques. Me encontraba así, escapando de la tristeza que esgrimía el paisaje ante mis ojos, cuando algo comenzó a cambiar gradualmente en el entorno.

De manera casi imperceptible el aire se empezó a colmar con fragancias de flores, de tintinear de manantiales y del rumor de correr de aguas. El sol comenzó a entibiar aceleradamente todo pero sin violencia. Indescriptibles pájaros y mariposas de mil colores vinieron lentamente a nuestro encuentro, arremolinándose sobre nuestras cabezas en una danza sutil y policroma, entonando con sus trinos y colores brillantes la más sublime melodía. El paisaje comenzó a variar su color del ocre infatigable, al que nos tenía acostumbrados, a ese verde mágico de la hierba fresca. Habiendo aprendido que cualquier cosa podía suceder en éste viaje, me dispuse tranquilamente a buscar algún indicio de ciudad.

A medida que avanzábamos el follaje se hacía más exuberante, y, lentamente, se convertía en bosque.

- *Y bien, -le dije a Pist- ¿Dónde está la ciudad?*

- *Todo a tu alrededor -dijo como si fuese obvio.*

- *Pero no puedo verla, a menos...*

- *Sí, el bosque. Se llama Tradis, y significa la entrega.*

Avanzábamos serenamente entre árboles y flores. El bosque no oponía la menor resistencia a nuestra presencia, era como si se replegara sobre sí mismo para dejarnos paso, y, a medida que lo penetrábamos, se cerraba detrás nuestro envolviéndonos en un rumor de hojas suaves como terciopelo, de susurros como risitas de hadas, y de perfumes mágicos como sueños olvidados.

- *¿Y dónde está la gente?* -dije intrigado.

En ese preciso instante el más bello canto que hubiese oído jamás invadió mis oídos tenuemente. Parecía no venir de ningún lado en particular sino de todo el bosque; como si la foresta entera cantara y nos recibiese con himnos y alabanzas. Al llegar a un claro quedé mudo de asombro. A orillas de un estanque colmado de cisnes, se encontraba una mujer con la que solo se podía haber soñado. Tan bella, que ninguna lengua mortal puede decirlo. Y era ella, su voz, la que cantaba a las aves en el agua con una dulzura indescriptible.

Al acercarnos culminó su canto, y volviéndose hacia nosotros con una sonrisa dijo:

- *Mi nombre es Eloé, y soy feliz de que estéis aquí conmigo. No hace falta que digáis nada, tomad lo que queráis del bosque... o de mí.*

Su frescura y franqueza me paralizaron, y al punto descubrí que el capitán había desaparecido, no podía verlo por ninguna parte. Ella se me acercó lentamente como si flotara, sus pies parecían no tocar el suelo, tal era su gracia al moverse. Creí que era irreal hasta que me tocó. Sencillamente no podía creerlo.

- Ven, -dijo al tiempo que tomaba mi mano y me llevaba con ella- *demos un paseo por el bosque ¿Me amas?*

Así como así me olvidé de todo, no podía dejar de mirarla y de maravillarme. Su figura como de ángel, sus manos como palomas, su voz dulce como la miel, su sonrisa perfecta... De mi mente desapareció el desierto, el capitán, y hasta la conciencia de mí. Era como andar por dentro del paraíso de la mano del paraíso...

- Sí - contesté en un suspiro, y sin saber por qué, mirándola a los ojos comencé a cantar mientras me dejaba conducir.

*Quisiera invertir mis labios
y besarte desde dentro,
besarte con el alma.
Hacer de mi boca un canal
por donde fluya mi esencia más pura,
comunicarme con tu cuerpo a través de cada poro.
Saltar al abismo profundo de tus ojos,
tan lleno de océanos y cielos,
sintiendo en mi piel el sumergirme en ti,
el empaparme en ti...
Y sentir así como tu luz
rasga mi prisión de carne dándole la libertad
a mi todo y a mi nada,
a mi ángel y demonio,
a la completitud de mi alma y de mi ser...*

No recordaba quién me había enseñado esta canción... no recordaba, en realidad, siquiera si alguien me la había enseñado, o si brotaba simplemente de mí ante la presencia de tan bella criatura.

Un horrendo bramido quebró el aire que al instante se transformó en silencio. Las aves buscaron refugio en las verdes copas, y las ardillas y las liebres en sus cuevas. La magia desapareció de pronto como si nunca antes hubiese existido. Oscuros sonidos, casi inaudibles, comenzaron a arrasarlo el bosque despojándolo de todo encanto y volviéndolo un sitio aterrador y sombrío.

- *¿¡Qué pasa, qué sucede!?* -exclamé mientras trataba de interponerme entre lo que fuera y la dama.

- *No debes temer nada,* -dijo ella sin dejar de sonreír- *es solo Eloé...*

Me quedé como una estaca ¿Acaso no era ella Eloé? ¿O acaso todos se llamaban igual en aquél sitio? ¿Qué cosa era aquella que se ocultaba en el follaje tras ese horrible sonido?

El bramido cayó como un rayo nuevamente sobre la tensa quietud de la tarde, y esta vez un monstruo horripilante salió de la espesura. Era enorme. Un dragón viscoso de mirada aterradora, que regurgitando fuego por sus fauces destruía todo lo que encontraba a su paso. En sus garras traía los restos de lo que alguna vez fue un cisne, y que ahora era una masa informe de sangre y plumas. Su hedor era insoportable, y su andar siniestro.

Se detuvo ante la bella ésa bestia, dejando caer a sus pies los restos del ave e inclinó su cabeza en gesto sumiso, al tiempo que me acechaba con sus ojos rojos como infiernos de manera amenazante. Me paralicé de espanto. La doncella sonrió con aire ingenuo, y se agachó hacia el despojo de sangre y plumas y comenzó a comerlo ante mi mirada incrédula. Una vez que hubo terminado, con un espasmo expulsó por su boca un diamante tan bello y grande como jamás

fue visto. Rió feliz como una niña, y acariciando con ternura el hocico sangrante del animal me dijo:

- *¿Por qué me miras con horror, acaso no me amas?*

- *No lo sé, no comprendo... estoy confundido...*

- *No, no te confundas, por favor... ¿Tú me amas?* -repitió implorante.

- *Sí... creo que sí.*

- *¿Y a él?* -me dijo señalando al monstruo.

- *¡No!* -grité horrorizado.

- *Entonces no amas a Eloé* -dijo tristemente, y comenzó a cantar de nuevo, pero esta vez su canto era triste y hablaba de desengaño y soledad. Lentamente rodeó a la bestia, se tomó de su horrible costado y se montó en su lomo. Y así, ángel y demonio, comenzaron a marchar hacia el follaje hasta perderse de mi vista en la espesura con aire lúgubre y sombrío.

Permanecí muy quieto y al borde del llanto, invadido por una sensación contradictoria de amor y desilusión, de terror y maravilla, que me trajo a la memoria un recuerdo de otro tiempo, el recuerdo de Arianne. No comprendía lo que me pasaba, estaba confundido, perdido en un mar de sensaciones.

El capitán se sentó a mi lado, y lentamente comenzó a silbar una vieja canción de amor. El desierto nos rodeaba hasta donde alcanzaba la vista.

- *Acaso no fue real ¿solo fue un sueño?* -dije angustiado.

- *No, no fue un sueño, fue absolutamente real.*

- *¿Dónde está ella entonces, dónde está el bosque y todo aquello?*

- *¿De veras no puedes verlo?* -me interrogó Pist.

- *No ¿¡Dónde está!?*

- *Allí, dentro de tu corazón* -dijo suavemente.

El sol se hundía en la llanura como cayendo por la cascada violácea del cielo. Tradis no es de ésta tierra, pensé.

El capitán me miró sonriendo, y se levantó para ponernos en marcha mientras decía:

- *Sí, Tradis es parte del mundo. De todo el mundo.*

Sentí la caricia del viento en mi rostro barriéndome las lágrimas, y, con el recuerdo de una mano en mi mejilla, lo seguí en silencio.

Casi siempre las ciudades, como los hombres, tienen en su imagen el reflejo profundo de lo que son, de cómo sienten sus habitantes. Ha de ser por eso que siento este desierto como mi propia ciudad, mi lugar de pertenencia, una prolongación de mi cuerpo. El capitán dice que esta percepción mía, es producto de haberme acostumbrado desde pequeño a la sensación de vivir en una sociedad carente de valores, en donde la única seguridad está en donde uno tiene apoyados los pies. Tal vez sea como él dice, tal vez no.

La angustiante monotonía del paisaje no me había preparado para lo que vendría. Aquello que creía que era el sol asomando lentamente por el horizonte, era la luz que provenía del refulgir de los muros de una ciudad magnífica y dorada que emergía desde las tristes arenas de Storm junto con el amanecer brillante de un nuevo día.

Nítidamente, llegó a mis oídos un clamor de trompetas que me sobresaltó.

- *¿Qué está sucediendo allí?* -pregunté a Pist.

- *Saludan la llegada del sol a su tierra.*

- *¿Qué ciudad es ésta?*

- *Leónidas, la ciudad de los Reyes, su majestad...* -y dicho esto se inclinó ante mí en una amplia reverencia.

- *¡Déjate de bromas!* -repliqué.

- *Una vez te dije que serías Rey, y el momento ha llegado.*

A las puertas de Leónidas fuimos recibidos por un personaje ricamente ataviado, quién muy cortésmente se presentó:

- *¡Bienvenidos seáis a Leónidas, majestades! Mi nombre es Rigas, Señor de las Puertas.* -y en voz baja agregó- *¿Podríais decirme vuestras gracias, por favor?*

Estaba a punto de agradecerle, cuando el capitán se me adelantó.

- *Pisthburwlgth, Príncipe de Gaia, Señor de los Vientos y Capitán a cargo de la nave Eä* -dijo muy seria y protocolarmente, levantando la frente con orgullo- *Pero puedes llamarme Pist si lo deseas, muchacho* -agregó muy bajo y mirando a Rigas que tenía gesto de pedir clemencia ante la complejidad del nombre que había oído y debía anotar en sus registros.

El portero sonrió complacido, no así yo, que no salía de mi asombro tras escuchar esa declamación de títulos y honores. Por primera vez escuchaba al capitán usar ese tono con alguien.

- *¿Y la vuestra?* -inquirió el portero dirigiéndose a mí.

Nuevamente Pist se me adelantó, aunque la verdad es que yo no sabía qué responder.

- *Alka, Señor de las Palabras, Escriba y Cronista de la nave Eä.*

Quedé atónito. Mientras Rigas anotaba nuestros nombres y títulos en el Libro de Visitantes Ilustres con su pluma de pavo real, el capitán me llevó a través de la puerta hacia una gran plaza.

- *¿De dónde sacaste todo eso!?* -le pregunté en voz baja.

- *¿Acaso es mentira lo que dije?*

- *Bueno, no lo sé...*

- *¿Es tu verdadero nombre, verdad?* -me interrumpió.

- *Sí, pero el título...*

- *Acabo de otorgártelo, es mi real derecho.* -afirmó.

Caminamos lentamente entre fastuosas mansiones y palacios lujosamente ornamentados que tenían inscriptos en sus dinteles el nombre de sus propietarios. A decir verdad, la ciudad entera estaba repleta de nombres por doquier. Las plazas llevaban el nombre de sus diseñadores escritos en letras doradas sobre el pavimento, las tiendas el nombre de sus dueños con bellas letras de colores en las marquesinas y escaparates, las esculturas soportaban la carga de carteles con la firma de sus autores, las prendas de vestir sus etiquetas, y todo así. Incluso los animales domésticos llevaban grandes medallas con sus nombres y el de sus amos colgando del cuello.

- *¿Qué diablos sucede en este lugar?* -pregunté genuinamente intrigado.

- *Aquí los nombres son muy importantes* -dijo Pist- *La gente de aquí piensa que quizá lo más importante en la vida es tener un buen nombre.*

- *¿Y por qué?*

- *Pues, para saber quiénes son, claro. Y para que los demás lo sepan, pero para saber quiénes son por sobre todo. Les da seguridad, ya que sin un nombre se sentirían perdidos, sentirían que no son nada, que nadie los reconocería; y porque aman destacarse ante los otros. Fíjate,* -dijo señalando un mendigo que marchaba orgulloso por las calles con su nombre bordado en sus miserables ropas- *hasta los mendigos y los locos son reconocidos por su nombre. El tener un nombre los hace sentirse importantes, y cuantos más lo conozcan, más importantes se sienten.*

- *¿Y de qué les sirve eso?*

- *Absolutamente de nada, pero ya sabes...*

Ante nosotros se detuvo un apuesto joven que llevaba grandes iniciales bordadas en oro sobre su chaquetilla de terciopelo, y dirigiéndose abiertamente a Pist le dijo:

- *Ya que no os conozco, deduzco que sois extranjeros ¿Verdad? Mi nombre es Helios y me precio de conocer a todos en Leónidas ¿Sois acaso actores en gira? ¿Tal vez cantores? ¿Acaso grandes directores de orquesta?* -pero ante el mutismo del capitán, el joven se puso muy incómodo y visiblemente abochornado agregó nervioso- *Disculpad mi torpeza al haberos confundido. Señores, aceptad mis respetos y perdonad mi irreverencia.*-y se marchó apresuradamente haciendo genuflexiones con la vergüenza tiñéndole el rostro.

- *¿Qué le pasa a ese chiflado?* -dije mientras seguía su precipitada huida con la vista.

- *Cree que somos reyes, y no solo eso, cree habernos ofendido al tratarnos con soberbia de meros artistas* -dijo el capitán riendo.

- *¿Y qué tiene de malo ser artista?*

- *Nada creo yo, personalmente creo que es menos molesto que ser Rey. Ser Rey implica muchísima responsabilidad, ya que siempre peligra tu cabeza. Siempre habrá alguien que quiera tu puesto, no lo olvides.*

Todos aquellos con quienes nos cruzábamos nos saludaban tan majestuosamente que ya empezaba a sentirme realmente importante, y hasta me gustaba eso de ser *Señor de las Palabras*, incluso la idea de ser artista.

Me hallaba en estas cavilaciones, cuando de pronto surgió una disputa al otro lado de la calle. Dos hombres discutían ferozmente a raíz de disputarse la autoría de cierto material para la escritura, que constaba de unas páginas iridiscentes y de una tinta especial. Atraído por esto, me acerqué para ver mejor. Apenas llegué, ambos me miraron fieramente y al unísono me increparon:

- *¿Y quién te crees tú para venir a entrometerte!?*

- *Alka, Señor de las Palabras, Escribe y Cronista de la nave Eä* -repliqué resueltamente y con cierto aire aristocrático en la voz.

- *¡¡Fantástico!!* -dijo uno de ellos- *Eres el indicado para mediar en esto.*

- *¡Sí, claro que sí!* -dijo el otro.

- ¡¡Un momento!! -exclamé haciéndome el exaltado- *¿Cuáles son vuestros oscuros propósitos con ésto?* -ambos se quedaron mudos de asombro- *¿Y bien? Estoy esperando vuestra respuesta* -me encontraba con gesto serio, de brazos cruzados y con aire ofendido. Y como ninguno respondió, agregué- *Como Señor de las Palabras reclamo para mí el derecho de utilizar éste material para un fin más loable que el de generar una pelea en las calles como si fuerais meros plebeyos. ¡Diríase que no poseéis la menor dignidad!* -y dicho ésto, comencé a marchar llevándome el papel y la tinta hacia donde se encontraba Pist.

- ¡Oiga! -gritó uno de los hombres- *¿Pero quién es el autor?*

- *Ambos, por supuesto* -contesté sonriendo.

Cuando llegué junto al capitán, éste se hallaba apoyado contra una columna que sostenía un monumento para evitar caerse debido a las feroces carcajadas que lo estremecían. Cuando se repuso un poco, dijo:

- *Veo que Lekinar dejó sus huellas bien marcadas en ti, eres bueno como actor cómico.*

- *Tú lo has dicho, es más divertido ser artista que Rey.*

- *Bueno, pero sería mejor que te olvidaras por un momento de esos juegos, y que más allá de adquirir fama como actor te dediques seriamente a ser Rey.*

- *Pero tu dijiste que...*

- *¡Lo que dije es que era menos molesto, no que éra lo mismo!* -dijo algo alterado, y más calmadamente agregó- *Debes ser Rey, y debes ser justo además. Y no te preocupes por tu cabeza, mientras seas el Rey de ti mismo la única rebelión posible vendrá de ti. Sé un buen Rey, dicta las leyes a seguir y cúmplelas, respétalas y sostenlas al punto de arriesgar la vida por defenderlas. Haz que sean parte de ti, que reflejen tu sentir más profundo. De ese modo no solo serán justas para ti, sino para todos.*

Caminamos un rato en el más profundo de los silencios. Yo estaba realmente impresionado por lo que el capitán me había dicho. ¿Qué es un hombre sino su propio nombre y cómo lo utiliza? Pues ¡qué tonto!, jamás se me había ocurrido antes: Es quien lo utiliza. El nombre solo es un arma, un escudo, una herramienta. Y además es lo único que puede ser usado en su propia contra para herirlo, hasta de muerte.

- *Pist, ¿realmente existe un verdadero Rey?*

- *Te sorprendería saber cuántos, pero eso no importa realmente.*

- *Pero... ¿hay realmente un Rey único para todos los hombres?*

- *Sí* -dijo escuetamente.

- *¿Y quién es?*

- *El que son todos los hombres juntos, aunque no puedan verlo.*

El sol comenzaba a ocultarse en la llanura yerma de Storm cuando abandonamos la ciudad. Leónidas es bella, sin dudas, uno es tratado con respeto y cortesía, pero no me gustaría vivir allí. Prefiero el desierto, en donde sin necesidad de nombres o de reconocimiento ajeno sé quién soy. El capitán detuvo su marcha y me miró sonriendo.

- *Creo que vas empezando a comprender de qué se trata* -dijo como si leyera en mis pensamientos. ¿Es que nunca dejará de sorprenderme?, pensé.

- *Tal vez algún día* -me respondió, y siguió marchando con su eterna sonrisa.

Caminaba erguido y orgulloso de mí mismo unos pasos más adelante del capitán, cuando comenzó a resonar el aire con un rumor lejano de parches y de marcha que me estremeció los huesos. Aminoré el paso para que Pist me alcanzara, y cuando llegó a mi lado, le pregunté con aire preocupado:

- *¿Y ahora qué sucede?*

- *Estamos llegando a Marcia, la ciudad de los guerreros.*

El rumor en el aire crecía cada vez más velozmente, y podía imaginarme un ejército enorme que marchaba resuelto a la batalla. De hecho, cuando llegamos a la cima de una colina, pude ver el formidable despliegue de banderas y estandartes que como un mar embravecido se agitaban en el horizonte. A medida que nos acercábamos a él, comenzaba a delinearse la silueta terrible de una ciudad. Y desde allí, se desprendió un punto que vino velozmente a nuestro encuentro.

Un jinete llegó a nosotros y estuvo a punto de partirnos en dos con su espada sin preguntar siquiera quiénes éramos, cuando Pist, mirándolo fijamente, lanzó un alarido que no solo paralizó al hombre sino que casi me mata del susto. Luego se volvió hacia mí y con voz suave me dijo:

- *Aquí no hay que retroceder nunca, ni intentarlo. No pidas, ordena. Hazte respetar o te partirán al medio como un coco.* -y dicho esto, siguió marchando hacia la ciudad como si nada hubiese perturbado su humor ni por un instante.

Entrábamos en Marcia cuando a sus puertas un hombre nos cerró el paso.

- *¡Enseñen sus armas!* -ordenó sécamente.

El capitán sacó de dentro de su jubón un arco de ébano y un carcaj repleto de flechas doradas que puso ante los ojos maravillados del guardia. Sin dejar de mirarlo fijamente se dirigió a mí con voz grave:

- *Muéstrale tu cuchillo.*

Una vez cumplido con el trámite, nos dejó pasar. Un personaje alto y fornido se nos acercó, y dirigiéndose al capitán sonriendo dijo:

- *Es un alto honor y un placer el tenerlo aquí nuevamente* -y le dio un abrazo que de habérmelo dado a mí me hubiese roto los huesos.

Pist me señaló con su pulgar y, a modo de saludo que sonó a desafío, le espetó:

- *Oye Deimos, ve si puedes hacer de él un buen guerrero.*

- *¡Claro que sí, Capitán!* -estalló riendo el gigante- *Ven conmigo muchacho, de seguro te han llenado la sesera de campos y flores. Has llegado en buen momento, estamos por dar el asalto final a un poblado ¡Así que espabila! Veamos como te comportas en acción, y recuerda esto: Un guerrero solo piensa en guerrear, no en sembrar o en cosechar, no se comporta como una anciana temerosa, ni corta flores por los campos como una niña. Sembrarás cadáveres, cosecharás estandartes y victoria, regarás la tierra con sangre y no con agua.* -y me llevó casi a rastras con él .

Entramos en un salón repleto de armas y armaduras, espadas que habían pertenecido a grandes guerreros, e innumerables trofeos de batalla.

- *Mira bien. Aquí están las mejores armas de la tierra.* -dijo haciendo un amplio ademán abarcativo con su mano- *Fueron utilizadas en mil batallas por los más valerosos guerreros de todos los tiempos. Elige una para esta batalla y llévala con honor y orgullo, puedes tomar la que quieras.*

Paseé mi mirada por sobre aquel tesoro. Había miles, millones de armas. Supe que podía pasarme días enteros admirándolas antes de decidirme.

- *¡Vamos, apura! ¡Elige de una buena vez!* -estalló Deimos visiblemente encolerizado.

Lo miré fijo, y recordé lo que me había dicho el capitán justo antes de entrar en Marcia.

- *Quiero la tuya.* -dije resuelamente sosteniendo la mirada.

- *¿¡Qué!?*

- *Tu espada. Quiero tu espada.*

- *¿Por qué?* -parecía confuso ante mi pedido.

- *Porque según veo, la de cualquiera de tus grandes héroes* -dije haciendo un gesto despectivo con mi mano- *no sirve para mantener con vida a su dueño. Tú estás aquí, por eso quiero tu espada.*

- *¡Vaya, vaya! Veo que eres un tipo listo. Bien, me gusta eso. Tómala entonces.*

Me dieron un enorme caballo negro ansioso de soltar su furia en la carrera, y un escudo para protegerme, el que rechacé tomando el gesto como una ofensa.

Poco a poco comencé a notar que lo que estaba pasando respondía, de alguna manera, a un deseo que siempre había tenido, y que por fin realizaba: ¡Cuántas veces había visto marchar al ejército real a la batalla desde mi ventana en el palacio, queriendo marchar con ellos! Y ahora estaba ahí, cabalgando con otros miles a mi costado, a quienes no veía para no distraer mi atención del objetivo: El poblado, la conquista, la victoria...

Unidos en un solo grito de sangre, y con la espada en alto, caímos como una ola sangrienta sobre el villorio. Todo era acción, no había tiempo para pensar ni para meditar nada... Matar o morir, matar o morir, era lo que me martilleaba en la cabeza. Eramos una masa que arrasaba todo a su paso esgrimiendo un estandarte de terror y muerte. Podía sentir mi cuerpo vibrando en cada golpe, en cada grito de batalla; sentía correr por mis manos, pegoteadas con la sangre de mis enemigos, el calor humeante de esa vida que me inyectaba más y más energía en cada movimiento...

Cuando terminó el combate, una sensación de insatisfacción me inundó el pecho... quería más. Me sentía capaz de enfrentar a todos los ejércitos del mundo y de su historia con mi espada. Corrimos por el campo en llamas, gritando a los cuatro vientos nuestra victoria para que el cielo se enterase de nuestro poder. Más tarde, y ya algo cansados del saqueo y de los juegos con los sobrevivientes, nos reunimos junto al fuego a comer y beber celebrando nuestra gloria. Bebí como nunca lo había hecho, comí como un león hambriento y canté infinidad de canciones de batalla. Me sentía feliz... o casi. Había algo que no funcionaba en todo aquello, y no podía darme cuenta bien de lo que era.

El capitán apareció a mi lado, sereno y nostálgico, y me miró largamente antes de decir:

- *¿Deseas ser guerrero?*

- *Por supuesto me encantaría, pero hay algo que no me termina de encajar... Sabes, en realidad me resulta difícil verme conquistando territorios y fortuna con el filo de una espada...*

- *Es lo que pensé* -dijo como para sí, y agregó para que yo lo oyera- *Sería bueno que lo pensaras, debes decidir si te quedas aquí o no. Camina un rato y medítalo, nos veremos luego.*

Caminé un largo trecho a través de ruinas en llamas, de cuerpos mutilados, de cosas que alguna vez fueron algo y que ya no... Unos hombres grotescos se paseaban por las calles como sombras, recogiendo cadáveres que inevitablemente concluían su último viaje en las enormes piras que ardían incansablemente en los alrededores del poblado. En la negrura de la noche podía oírse el lúgubre canto con que acompañaban su tarea, mezclándose con los de aquellos que aún celebraban...

*Pronto la peste desplegará sus alas
ocultando el cielo del campo de batalla.
La muerte vendrá a reclamar sus muertos,
y siempre estará agazapada, esperando
por aquellos que hoy se aferran a la vida...*

El corazón se me encogió de pronto. Los cantos retumbaban dentro de mi cabeza y cambiaban el sentido del paisaje que tenía ante mis ojos. Los arrojé fuera de mí, necesitaba silencio para pensar, para poder ver sin distorsión... En los arrabales, y más allá en dónde me encontraba, cientos de mujeres, ancianos y niños, esperaban con las miradas vacías fijas en las llamas. Esperaban, no sabía qué, pero esperaban. Sentí una presión en el pecho, podía sentir esas miradas taladrándome en silencio. Ni un grito en sus gargantas, ni un movimiento en sus cuerpos, una vida gris sin vergüenza ni venganza y una pasividad que avasallaba... Algo que todavía no comprendo me obligó a avanzar, a caminar entre ese mar de rostros mudos. Pude sentir dentro de mí el estallido en llanto de los niños pequeños, de las viudas, la desesperanza de quienes habían perdido lo poco que la vida les había dado: sus hijos, sus hermanos, sus casas y sembrados. Sentí todo eso agitarse en mi interior como un océano de dolor que me arrasaba el alma. Tomé en mis brazos a un recién nacido que no conocería jamás a su padre, sintiendo en mis brazos la misma sensación que sintiera en la batalla. Me arrodillé ante su madre con el niño apretado contra mi pecho, y lloré como jamás lo había hecho.

- No llores, hombre, por lo que ya está hecho. -dijo la mujer- Su padre ha sido buen guerrero, y buen amante además. Su hijo estará orgulloso de él y heredará su espada, él nos traerá de nuevo la victoria y tendrá gloria en los campos de batalla.

Las palabras de la viuda me golpearon el corazón con tal violencia que en un instante pasé de la misericordia a la ira.

- ¿Estás ciega mujer!? ¡Sí, estás ciega! Ve con tus pares, las viudas, los huérfanos, con aquellos que perdieron a sus hijos y todas sus pertenencias. Ve y diles que toda esta locura de campos en llamas, de barro de tierra y sangre, es la cumbre de toda la grandeza y de la gloria. Ve y diles que quieres que tu hijo sea guerrero, que la verdad suprema está en el filo de una espada.

- Pero... -balbuceó.

- Bueno, no tienes que hacerlo, "Un guerrero solo piensa en guerrear, no en sembrar o en cosechar, no se comporta como una anciana temerosa ni corta flores por los campos como una niña. Sembrará cadáveres, cosechará estandartes y victoria, y regará la tierra con sangre y no con agua"

El capitán llegó caminando desde las sombras, y meditó un instante sus palabras antes de hablar:

- Eso dice Deimos, y yo mismo se lo enseñe hace mucho tiempo cuando decidió quedarse aquí. ¿Ya has decidido? ¿Aún quieres ser guerrero?

- ¡No! -dije con la voz enronquecida por la ira y por el llanto.

- ¡Excelente! -exclamó, y lo hizo con tanto entusiasmo que yo no podía comprender qué le pasaba- Ven, serás mejor guerrero de lo que creía, serás un gran guerrero. No un guerrero común, no. Serás Alka, Señor de las Palabras, Escriba y cronista de la nave Eä y Guerrero del Cielo... Y deja ya esa espada que no te pertenece a tí sino a Deimos, tu tienes la propia, esa que tu mismo eres. En Lekinar ¿no lo recuerdas? "Yo no necesito un arma", tú lo dijiste...

Pasó su mano por encima de mi hombro, sonriendo ante mi perplejidad, y comenzamos a caminar alejándonos de Marcia. Allí dejé clavada en la arena la espada de Deimos, la espada prestada, la espada del terror y del miedo... Mientras tanto, nos hundimos en la negrura de la noche, la que se deleitó en tragarnos a cada paso.

Desperté de pronto en medio de la noche... como si alguien me hubiese tocado, como si un ala de ángel se hubiese agitado a mi costado. La luna estaba alta e iluminaba el desierto con su luz plateada tornándolo irreal y mágico. Busqué instintivamente al capitán y no pude hallarlo. Me levanté. ¿Dónde podía haberse metido?

El suelo, todo alrededor de nuestro campamento, estaba lleno de huellas que iban en todas direcciones. Comencé a asustarme. Quizá algo terrible había sucedido.

Respiré profundamente para tranquilizarme al tiempo que me decía: Tranquilízate, has de tener la mente despejada antes de actuar, eres un guerrero... Me puse en marcha al instante. No elegí la dirección, dejé que apareciera por sí misma tal como aprendí de Pist. Caminé resuelto, tranquilo, y con mis sentidos atentos a lo que pudiera descubrir. Al cabo de un minuto se levantó la niebla. Lenta pero tenazmente cubrió el espacio a mi alrededor, y, a medida que pasaba el tiempo, se hacía más y más densa. La humedad del aire se me metía en el cuerpo y me estremecía de frío, apenas podía verme los pies. Al rato, pese a querer convencerme de lo contrario, debí admitir que estaba perdido, que ya no tenía un punto de referencia. Asustado, hice todo lo que podía hacer, comencé a gritar:

- ¡Capitán! ¡Deje ya de jugar conmigo! -exclamaba al tiempo que marchaba- **¡Le advierto que no estoy de humor para esas bromas tuyas!**

El silencio era tan denso como la niebla. El miedo fue ganando terreno y se alzó en mi mente como amo y señor. Ante la tensión comencé a correr desesperadamente.

- ¡Maldito sea Pist, ayúdeme! ¡Estoy perdido! ¡Deje ya de jugar!

Me detuve jadeante. Las piernas me temblaban a causa de la carrera. Me senté. Cuando comenzaba a recuperar el aliento, éste se me cortó de pronto. Algo, tal vez mi intuición, me decía que no estaba solo en aquel sitio.

Fue primero un leve resplandor lejano, luego se fue haciendo más intenso y descubrí que venía directo hacia mí cada vez más velozmente, y no solo eso, sea lo que fuese venía cantando.

Un extraño personaje salió de las tinieblas. Vestía un sayal azul intenso, en su mano izquierda traía una farola y un báculo en la otra, como de pastor de ovejas. Debía tener mil años, pero un rostro inofensivo y manso como un bebé.

- Sígueme -dijo serenamente antes de voltear y ponerse en marcha sin esperar respuesta.

Sin pensarlo siquiera, lo seguí en silencio. Caminaba seguro, y de cuando en cuando se detenía para ver si yo lo seguía. Al poco rato, unos pocos minutos en realidad, deteniéndose completamente y exhibiendo una amplia sonrisa dijo:

- Bien, ya estás en sitio conocido.

Miré incrédulo a mi alrededor. Descubrí los restos del fuego en que cociéramos la cena del día anterior, el hueco que cavé para dormir al abrigo del viento. Respiré aliviado, sentí la sensación de estar en casa.

- Te agradezco... -y cuando levanté los ojos fue solo para descubrir que el tipo había desaparecido.

- ¡Oh! no es nada -respondió su voz que venía de ninguna parte.

- ¡Oiga! ¿Dónde está? -grité.

Nada. Silencio. Silencio absoluto. Volví a revisar el entorno buscando a Pist. Nada, ni un indicio. Reemprendí la marcha en dirección contraria a la vez anterior. Caminé hasta el cansancio, solo para darme cuenta de que otra vez me había perdido.

Lentamente comenzó a vislumbrarse nuevamente la luz entre la niebla y el mismo canto de la vez anterior. Esta vez decidí salirle yo al encuentro. Ni bien di dos pasos caí en un enorme pozo. Desde el fondo, frotándome la cabeza dolorido, vi asomarse al anciano y su farola.

- *Óyeme hijo, debes tener cuidado por donde caminas, uno de estos días puedes llegar a lastimarte.* -decía al tiempo que extendía su mano para ayudarme a salir de allí. Una vez fuera, luego de ayudarme a sacudir mis ropas, dijo:

- *Tómate de mi sayal, no fuera que te pierdas de nuevo* -y comenzamos a caminar.

- *¡Oiga! ¿De dónde viene?*

- *¿¡Eh!? ¡Ah!... de por ahí.* -e hizo un gesto vago con su mano hacia la niebla.

En este estado de cosas no me animé a decir nada, y él, ante mi silencio, comenzó a cantar suavemente...

Camina caminante sin perder el rumbo.

No importa dónde vas,

no importa el lugar,

ni si llueve o hay tormenta.

No importa si no puedes ver a dónde vas,

el camino está ahí de todos modos.

Si pudieras elevarte lo verías

y ver tal vez a dónde se dirige.

Si no puedes elevarte para verlo,

no importa si tu sabes dónde vas.

Mira desde abajo hacia la altura

y síguele el rastro en el cielo.

Y si hay nubes, no debes preocuparte,

lo importante es que vayas donde vas,

siempre llegarás a alguna parte

si la meta es el camino, nada más...

El viejo se detuvo. Otra vez el carbón de la fogata, otra vez mi improvisado lecho, otra vez se había marchado el viejo...

- *¡Gracias de nuevo, amigo!* -le grité a la nada.

- *No hay de qué.* -me respondió la niebla.

Me hallaba abatido ¡Dónde podía haberse metido Pist? Sabía que algo debía traerse entre manos, así que decidí quedarme de lo más tranquilo, y simplemente esperarlo. Me senté en la arena y comencé a remover los carbones tratando de avivar el fuego, me puse a silbar, mientras lo intentaba, la tonada preferida del capitán Pist... esa con la que marchábamos en nuestro peregrinar sin sentido. Me llevó un minuto comprender que era la misma tonada que cantaba el viejo que me había rescatado de las nieblas de la noche. Me levanté y me puse a escrutar el cielo atentamente. El arquero de Sagitario apuntaba con su flecha hacia el centro de la galaxia, justo encima de mi cabeza. Me puse en marcha, y me cuidé muy bien de ver donde pisaba. Esta vez caminé cantando, feliz como un niño.

Al poco rato la niebla se disipó, y ante mi comenzó a delinearse una ciudad tan grande que hasta un ciego hubiese podido verla. Era majestuosa, imponente, parecía una enorme catedral que casi llegaba al cielo con sus puntas. Me dirigí resuelto hacia sus puertas, al tiempo que trataba de pensar qué diría al guardia que me recibiera. La puerta principal estaba abierta de par en par, pero no había nadie allí. Junto a la entrada había una pequeña mesa con el libro de

ingresos abierto a la mitad. Para mi asombro, descubrí el nombre del capitán inscripto en él, y al final, luego de un par de renglones, estaba escrito el mío.

Caminé por las calles completamente vacías de la ciudad. Espié por las ventanas de los edificios públicos y las casas, recorrí incansablemente las plazas y los callejones, pero no había nadie allí. Nadie. Me hallé perdido nuevamente en ese sitio deshabitado y la angustia se apoderó de mí. Me senté en el pavimento y tapándome la cara con las manos, lloré.

- *¿Por qué lloras?* -preguntó la voz de un niño que me miraba intrigado.

- *Estoy perdido* -dije al tiempo que escurría mis lágrimas para verlo mejor.

- *Anda, levántate, no es agradable ver como lloran los adultos.* -me reprendió suavemente tendiéndome su manita para ayudarme.

En ese instante me di cuenta que yo conocía a ese niño. Era una imagen que se me escurría de la memoria...

- *Anda, vamos, llegaremos tarde... y no es bueno llegar tarde cuando te esperan.*

Me quedé estupefacto. Mi mente estalló en mil imágenes. Ese niño trepado en un naranjo. Un jardín de primavera temprana, lleno de flores y soleados frutales. El rostro de mi padre llamándome para que me bajase del árbol... ¡Era yo mismo!

- *Anda, vamos, apura* -dijo.

No podía creer lo que estaba pasando. El que yo era, o había sido, me llevaba de la mano con paso seguro. Al final de la calle dimos con un edificio majestuoso de techo de pizarra y paredes blancas. Las ventanas estaban iluminadas y de su interior salía música como si hubiese allí una gran fiesta. El pequeño se me soltó y se perdió corriendo hacia la parte posterior donde había unos jardines. Asomé la cabeza por la ventana más cercana y vi enormes mesas repletas de manjares. Había cantidad de gente, que se hallaba expectante de algo que no alcanzaba a ver. Entre el gentío pude ver al capitán, quien tranquilamente charlaba con el anciano que me había rescatado. Fui hacia la puerta dispuesto a entrar y pedirle explicaciones, pero cuando la abrí, todo estalló en aplausos y alegres gritos de bienvenida. Me asusté y di la vuelta para ver si había alguien detrás de mí.

- *¡Creí que nunca llegarías!* -gritó riendo el capitán, que avanzaba hacia donde me encontraba acompañado del anciano.

- *¿¡Qué está sucediendo!?* -exclamé.

- *¡Oh, nada extraordinario! Es solo una fiesta en tu honor...*

- *¿Pero por qué?*

- *¿¡y por qué no!?* -dijo el viejo.

Los festejos parecían no tener fin. Hacía mucho que no comía tanto y tan bien. Todos parecían muy felices de que estuviera allí con ellos, me encontraba realmente embargado por la emoción, se desvivían por brindarme atenciones y complacerme. Satisfacían mis caprichos más extravagantes... La fiesta era maravillosa.

- *Ven conmigo.* -dijo Pist, levantándose de la mesa.

Salimos al parque. La noche estaba hermosa. Los fuegos artificiales estallaban en la negrura como cataratas de color entre las estrellas. Caminamos lentamente hacia la calle.

- *¿Dónde vamos?* -pregunté al ver que nos alejábamos de la fiesta.

- *Voy a mostrarte la ciudad, se llama Salomonía, es la ciudad de los Sabios...*

- *¿¡Y tiene que ser ahora!?* *La fiesta se está poniendo cada vez mejor y...*

- *Sí, tiene que ser ahora* -dijo Pist sécamente.

Caminamos por una parte de la ciudad en donde había la mayor diversidad de templos que uno pudiera imaginarse. Era como si todas las religiones del mundo se hubiesen reunido en ese sitio, como si hubiesen hallado un lugar en donde poder convivir sin enfrentamientos.

- *¿Cómo es ésto posible?* -dije señalando las catedrales, los templos, las mezquitas- *¿No tienen conflicto?*

- *¡Claro que los tienen! Lo que no tienen, de momento, es violencia entre ellos.*

- *¿Y cómo hacen para vivir juntos?*

- *Todos creen que poseen La Verdad, esa que sus vecinos jamás tendrán debido al fanatismo y la estrechez de mente; y no comprenden que desde su postura ellos también son fanáticos y estrechos. Todos ellos persiguen un ideal incansablemente, y jamás se detienen, vencen los obstáculos a través de su propia convicción; y si no pueden vencer alguno, lo transforman o enmascaran para hacerlo parecer una manifestación de aquello en lo que creen... Pero no todos en Salomonía son religiosos. También viven aquí políticos, guías, maestros y muchos otros. Pero sin duda el rasgo que los nuclea a todos es el de tener una gran Fe, y una gran confianza, aunque aveces la lleven a extremos peligrosos. Son exagerados por naturaleza. Son casi justos, son dueños de las leyes de los hombres, y ésto es lo que los distingue de la naturaleza. Son grandes guías, conocen todos los caminos porque los han recorrido; y son excelentes reyes, mejores incluso que los de Leónidas, porque su regencia está fundada en la justicia y no en el capricho. Son Sabios, sí, pero no tanto como la vida...*

- *¿Y por qué me cuentas todo ésto? Ya estaba empezando a gustarme este lugar.*

- *Por eso mismo,* -dijo al capitán- *ya comenzaba a gustarte demasiado.*

Salimos lentamente de la ciudad caminando en silencio. Estaba algo molesto de tener que marcharme, había disfrutado verdaderamente de mi breve estancia en Salomonía. Me di vuelta para echarle una última mirada y me quedé helado. A sus puertas dos figuras me miraban cariñosamente y saludaban con la mano, un niño y un anciano. Ese niño que había sido, y el anciano que me había ayudado.

- *¿Quién es él?* -dije señalando al viejo.

- *¿No lo conoces? Su nombre es Alka... el que algún día serás. Ambos son parte de ti, partes que aquí se quedan pero que llevarás contigo donde vayas.*

Aquella ciudad se alejaba entre los resplandores de los fuegos de artificio y la música de sus fiestas. Las cúpulas de sus templos y la felicidad del goce se hundían en el desierto rodeadas de la bruma, esperando atentas al próximo viajero para rescatarlo de la noche oscura del alma.

Una clara sensación de alivio crecía en mi interior, un instante después supe que la ciudad no desaparecería en la arena y en la noche, sino que iría conmigo donde sea para guiar mi camino.

- *Se te ve feliz* -comentó Pist- *¿No quieres volver?*

- *No, no, no hace falta...*

- *¡Vaya! y ni siquiera tuve que convencerte.*

- *Supongo que lo has hecho, aunque no conscientemente creo.*

- *¿De qué modo, si puede saberse?* -preguntó incrédulo.

- *Pist...*

- *¿Qué?*

- *Te delató la sonrisa...*

Marchábamos felices por la arena helada en el más absoluto silencio. El capitán me miraba insistentemente de reojo, y casi se le había borrado la sonrisa cuando estallé en carcajadas y comencé a cantar la tonada para guiar nuestro rumbo...

Hacía tres días que nevaba en Storm. El frío era cada vez más intenso y angustiante. La arena y el pedrusco se encontraban congelados haciendo más dificultosa la marcha a causa del hielo que había transformado el suelo en una superficie pulida como la de un espejo. Por la mañana despertábamos cubiertos de nieve, y debíamos hacer esfuerzos para salir a la superficie. A medida que avanzaba el día, el sol derretía la esponjosa colcha y el frío viento la escarchaba. Yo había nacido en Goëdelham, rodeado de montañas, y el frío y la nieve no eran una novedad para mí, pero jamás pensé que pudiera llegar a tal extremo. El aire helado hería los pulmones, dando la sensación de estar respirando astillas de vidrio. Era terrible.

Sería poco más de mediodía cuando dejó de nevar, el cielo comenzó a despejarse y nos reveló un paisaje tan impresionante que me quitó el aliento. A derecha e izquierda, hasta donde alcanzaba la vista, se extendía una cadena con las montañas más altas que he visto en mi vida. Sus laderas eran tan escarpadas que ni siquiera una cabra hubiera podido treparlas.

- *Eso es Kether, La Corona. El muro de montañas que rodea el mundo.* -dijo Pist en voz baja como temiendo perturbar la solemnidad del paisaje- *Y nadie a podido escalarlo nunca.*

- *¿Qué hay al otro lado?*

- *Quién sabe, nadie ha vuelto para contarlo... ni siquiera sabemos si alguien ha sobrevivido.*

- *Pero, si nadie ha podido escalarlo ¿Cómo es eso que usted dice?* -dijo confundido- *¿Qué es eso de que nadie ha regresado?*

- *Existe un paso entre las montañas, y hacia allí nos dirigimos ahora. Es mejor que dejes de hablar por un rato. Ahorra aliento, vas a necesitarlo.*

Nos llevó todavía varias horas llegar al pié de las montañas. Avanzábamos y avanzábamos, y éstas parecían alejarse a cada paso; y pese a la amplitud del paisaje, la sensación era oprimiente. Presentía el final del viaje por primera vez en toda la travesía, no sabía si porque estábamos llegando a nuestro destino, o por ese inquietante presagio de muerte que flotaba en el aire como una sombra.

Llegamos por fin a la pared rocosa, y el capitán comenzó a trepar con una seguridad y ligereza que me asombraron, y me costó darle alcance pese a estar acostumbrado a moverme entre las piedras.

- *Ahora es cuando debes poner en marcha todo lo que has aprendido* -dijo- *Haz cualquier movimiento equivocado, y eres hombre muerto...*

- *¿¡Y qué debo hacer!?* -gemí.

- *Deja actuar a tu cuerpo y su memoria ¡Y no te detengas a pensar!*

La ruta era difícil, paredes casi perpendiculares, mucha roca suelta, abismos que se abrían hacia los lados y cuyo fondo no alcanzaba a ver. Había pasos tan estrechos que parecía imposible sortearlos, y que, aún hoy, de solo recordarlos me produce escalofríos. No había tiempo para otra cosa que no fuera avanzar. Uno no podía distraerse ni por un segundo, en cada movimiento estaba en juego la vida.

La piel de las manos me desaparecía a medida que subíamos, lo mismo en las rodillas, la sangre se secaba velozmente a causa del viento, pero nada parecía detenernos en nuestro ascenso... ni las heridas, no había tiempo para el dolor.

Doce horas de una marcha enloquecedora y forzada nos depositaron en una ciudad como jamás se ha visto, un lugar cavado y tallado en la ladera misma de la montaña que semejava un castillo de proporciones gigantescas.

- *Esto es Abar, el paso, el límite del mundo que conocemos* -dijo Pist en tono jadeante y casi inaudible.

La construcción tenía un aire solemne, como de antiguo monasterio. Unas siluetas embozadas de negro se movían en los altos puentes y almenares tomándose su tiempo para venir a recibirnos. Cuando llegamos a las puertas, éstas estaban cerradas.

- *Siéntate*, -dijo el capitán- *debemos esperar*.

- *¿¡Por qué!? ¡He caminado como un endemoniado para llegar hasta aquí, nos hemos desangrado y pasado mil peligros y tú me dices que hay que esperar! ¿¡Esperar qué!?*

- *A que sea el tiempo. Hemos llegado temprano, y las puertas de Abar solo se abren una vez al día y durante un breve período. Si hubiésemos llegado más tarde, deberíamos esperar hasta mañana para poder entrar.* -respondió Pist con una tranquilidad pasmosa, y agregó, luego de mirarme severamente- *Quizá sea ésto lo primero que debes aprender en Abar, la paciencia...*

Pasaron aún tres horas para que alguien acudiese a abrir las puertas, lo cual es solo un decir, ya que lo que en realidad se abrió fue una pequeñísima puerta disimulada en un extremo de aquellas gigantescas que acaparaban la atención del extranjero. Un desgarrado y anciano personaje nos recibió muy secamente con el rostro oculto por la capucha de su albornoz.

- *Es tiempo* -dijo.

- *Gracias, anciano.* -agregó el capitán.

- *Veo que lo has hallado* -comentó el anciano una vez adentro- *Espero que no te diera mucho trabajo traerlo hasta aquí.*

- *Solo el necesario en estos casos.* -respondió Pist, e hizo que lo acompañara mientras el oscuro personaje volvía a colocar las trabas que aseguraban la entrada.

Caminamos por pasillos sombríos, llenos de silencio, apenas corrompido por el eco de nuestros pasos que se perdía vaya uno saber adónde. Atravesamos salones inmensos y vacíos, corredores interminables e infinidad de patios interiores, hasta llegar a una puerta baja de madera maciza que el capitán abrió con una llave dorada que traía colgada del cuello dentro de una pequeña bolsa de piel.

- *Esta será tu habitación mientras estemos aquí* -y agregó con orgullo- *Fue mía en otro tiempo.*

Era un cubo perfecto de unos cuatro metros de lado cavado en la roca viva, con solo una ventana que daba al exterior. Era curioso, a pesar de no haber subido escalera alguna, la distancia entre la ventana y el patio que había debajo, el cual recordaba haber cruzado, era de unas setenta veces mi altura. El mobiliario estaba constituido por un camastro de madera sólida con entramado de cuerdas que sostenían un colchón de tela rústica relleno de paja. Una mesita de noche con una jarra para el agua y un vaso de cristal bellamente tallado, que me asombró entre tanta austeridad. Había también un tablero de escritorio, junto a la ventana, en donde una botella, muy bella y negra, hacía las veces de improvisado candelabro. Junto a ella, había un tintero y su correspondiente pluma, un pergamino plagado de cálculos y mediciones de estrellas, un compás de medición, regla y escuadra, además de una balanza de platillos. Una banqueta alta completaba todo. Al poco rato había terminado mi inspección, así que me acosté en el mullido lecho viendo cómo la luna se alzaba lentamente por la ventana. Casi de inmediato me quedé dormido.

La voz del capitán me despertó, como era su costumbre, con un sobresalto.

- *Buen día, Alka. Es una magnífica mañana... ¿Has dormido bien?*

- *¡Vaya que sí!* -dije desperezándome ruidosamente- *Me parece como si hubiese dormido durante un año entero.*

- *Bueno, tampoco hace falta exagerar. Solo han sido dos días.*

- ¿¡Cómo!?

- *Dos días completos con sus noches, eso dije. Ven, debes estar hambriento, vamos a desayunar.* Caminamos por un pasillo que parecía interminable, era una galería alta que daba a un enorme patio.

- *Capitán, ¿es cierto que dormí dos días?*

- *Sí, y vaya que te hacía falta. Es agotador llegar hasta aquí. Hay algunos que tardan casi cuatro días en poder subir, y nosotros lo hicimos en solo doce horas... Nunca creí que podrías lograrlo, pero ¡lo hicimos! He dormido a la par tuya ¡Y vaya que tengo hambre!*

Me sentí orgulloso de mí y del capitán. Aparentemente habíamos logrado una proeza, o al menos impuesto alguna nueva marca. Pist estaba feliz como un niño, se le notaba en el rostro, en la actitud, en su disposición y en su sonrisa.

- *¿Sabes una cosa Pist?* -dijo muy serio.

- *¿Qué?*

- *Hacemos un buen equipo tu y yo, no se si el mejor, pero sin dudas somos un buen par.*

Y nuestras risas retumbaron por los salones y pasillos de Abar, haciendo que muchos se asomaran para ver qué sucedía. Un anciano de apergaminado rostro nos llamó severamente al orden:

- *¡Pisthburwlgth, contrólale y controla a tu muchacho! Que hallas regresado no te da derecho perturbar la paz de éste sagrado recinto.*

- *¡Oh, Barlthok! ¿Acaso no te alegra verme?* -dijo el capitán fingiéndose apenado.

Por toda respuesta, el anciano cerró su puerta de un golpe que sonó como una explosión. Lo había conseguido, a pesar de todo, el silencio comenzó a colmar la estancia.

- *¿Quién es él?* -pregunté en voz baja.

- *Barlthok, el ermitaño... su nombre significa eso: "Ermita", "Caverna", "Casa de Piedra"... es el más anciano de Abar; él comenzó a construir la ciudad cuando comenzaron a llegar los otros. Cuando no había ciudad, él era el guardián del paso. Es buena persona, no dejes que te impresione mal esa actitud. Es un poco severo, quizá demasiado.*

- *Me recuerda a mi padre* -dije- *¿¡cuántos años tiene!?*

- *Eso es algo que, si te lo dijera, no lo creerías. Ven, vamos a desayunar.*

Pasamos mucho tiempo en Abar. La mayor parte del día la empleábamos en limpiar y mantener en orden la ciudad. Barríamos, acarreábamos leña desde un bosque distante, cuidábamos que todo funcionara como debía, y otra infinidad de cosas que hacían a la vida de Abar. El resto del tiempo lo pasábamos aprendiendo todo lo referido al manejo de las estructuras, ya sean abstractas o concretas; a mediciones de todo tipo: estelares, de temperatura, cantidad de nieve caída, velocidad del viento, etc... También construíamos relojes y aparatos, especialmente de medición. Era bastante aburrida la vida ahí, tanto que había días en que extrañaba el desierto.

Por las noches, en mi habitación, me entregaba a la lectura de los libros que allí había, los que eran muchos y, en su mayoría, eran manuscritos realizados por el propio capitán Pist. Tomaba apuntes de ellos, y trataba de recordar lo más fielmente posible las charlas que había mantenido con él. Aún no se me había relevado del cargo de cronista, así que trataba de hacer mi tarea lo mejor posible. Consultaba con algunos de los ancianos, algunos de los cuales también habían escrito libros de los que disponía, sobre puntos que no me habían quedado muy claros y que pensaba que eran importantes. Me sirvieron de mucha ayuda, especialmente Barlthok, con quien pasaba largas horas charlando sobre la Forma y otras cuestiones metafísicas. Tal como me había anticipado Pist, el anciano era mejor persona de lo que parecía, y detrás de su mirada severa se escondía un ser realmente bello. Su paciencia para conmigo era infinita, lo molestaba a cualquier hora con mis preguntas, salvo claro está, a la hora primera del día en que el sol

comenzaba a asomar, y en la que todos, sin excepción, nos entregábamos a la meditación. Aprendí muchas cosas de él, tal vez más de las que hubiese deseado saber.

Cierta noche, Pist vino a verme a mi habitación. Yo estaba en el escritorio tratando de darle una forma coherente a mis apuntes sobre el viaje.

- *Veo que has comenzado tu labor como cronista. -dijo- Pero deberías saber que aún no hemos terminado nuestra marcha.*

- *Pensé que hasta aquí llegábamos, que aquí acababa el viaje ¿Este no es el fin, no es El límite acaso, el lugar donde no hay más allá?*

- *No hables de ese modo, me recuerdas a Barlthok. Sí, hemos llegado al límite, pero solo al límite de lo conocido. Recuerda el significado de Abar: El paso.*

- *¿Quiéres que volvamos al desierto?*

- *No, vamos a cruzar El Muro. Atravesaremos Kether, la corona del mundo. Cruzaremos las montañas... -dijo muy serio, y luego agregó para tranquilizarme- Si no quieres venir puedes quedarte, no importa, yo iré de todos modos.*

No podía creer lo que oía. Al principio creí que deliraba de fiebre a causa de la debilidad, ya que en Abar se comía poco y se dormía menos, pero también sabía que eso no podía ser; estábamos habituados a esa vida de austeridad. Me asustó el hecho de que hubiese perdido el juicio.

- *¿¡Estás Loco!? No sabes lo que hay allá, no sabes con qué puedes encontrarte en ese sitio. Nadie ha vuelto, y quizá estén muertos... ¡Por favor reflexiona! Trata de ser razonable ¿Quiéres?*

- *¡Ya sé que nadie ha vuelto, maldita sea! -replicó casi gritando- Sí, tal vez no vuelva, pero iré de todos modos... Creo que sé qué hay del otro lado.*

Me quedé mudo. Era la primera vez que lo oía hablar así desde que lo conociera. Ese arranque de violencia era algo realmente inusitado en él. Cuando pude reponerme de la impresión le pregunté:

- *¿Te sientes bien?*

- *Sí, si... claro, discúlpame por favor, pero hay algo en mí que me sobrepasa. Un impulso que me arrastra irremediamente a buscar algo que no sé muy bien cómo es, y tal vez halla algo de obsesivo en ello, lo sé... Pero es como si siguiese a un animal desconocido: He encontrado sus huellas, sus excrementos, sus alimentos a medio masticar... He encontrado rastros de su pelaje y algunas otras cosas más, y en cada caso existe una correspondencia para la misma especie de cosa; y no es como cualquiera que hallamos visto antes, te lo aseguro. Podría venir cualquiera y preguntarse qué es, y yo podría decirle que sin dudas ha estado allí, que tiene más o menos éste alto, y que es así o asá. Se muchas cosas de él, pero aún no he logrado verlo.... pero ¡Demonios! ¡Sé que está allí!*

- *¿Y qué crees que es? -dije lleno de asombro por el estado en que lo veía, y a la vez, realmente intrigado.*

Miró hacia la puerta, fue hasta ella y se asomó al pasillo antes de volver a cerrarla con cuidado de no hacer ruido. Paseó la vista por el cuarto antes de sentarse en el camastro, y luego dijo, con voz muy baja para que solo yo pudiese oírlo:

- *El Amor, Alka... el Verdadero.*

Partimos temprano en la mañana, luego de decirle que estaba completamente loco pero que no importaba, ya que yo también debía estarlo por querer acompañarlo. Era un día claro, no había ni una nube en el cielo y el aire frío nos acariciaba el rostro tristemente, como despidiéndose. Todos en Abar dijeron que estábamos chiflados, pero creo que en el fondo nos deseaban la mejor de las suertes y hasta nos envidiaban un poco. Barlthok se presentó ante mí y se quitó una pequeña bolsa que pendía de su cuello y me la entregó diciendo:

- *Tómala, es mi amuleto de buena suerte.*

Cuando la abrí descubrí dentro una pequeña roca perfectamente esférica y negra como la noche, y ante mi pregunta de qué era éso, enigmáticamente respondió:

- *Todo lo que es hecho.* -y luego se despidió con un simple adiós.

Trepamos por el paso que conducía a la cumbre más cercana hasta llegar a ella. Allí descubrí que del otro lado de las montañas sí había nubes, no podía verse qué había más allá ni debajo de nosotros. Quedé paralizado. Imaginaba un enorme abismo sin fin hacia abajo, y nuevamente sentí aquella sensación que flotaba en el aire como presagiando la muerte, alimentando mis más oscuros temores. La voz de Pist me trajo a la realidad:

- *Hemos llegado, éste es El límite.*

- *¿Qué haremos ahora?* -pregunté sin disimular el miedo.

- *Ir del otro lado, ha llegado el momento.* -me respondió suavemente.

Se me había anudado la garganta, sentía como si hubiese intentado comer una piedra y ésta se me hubiese atascado. Trataba de aquietar mi cabeza, mi cuerpo, mi corazón. Cerré los ojos y comencé a relajar la espalda, luego el cuello y mi lengua... Lentamente comencé a tranquilizarme, era una sensación tibia y agradable. Y en ese estado de silencio interior, miles de imágenes desfilaron en mi mente, toda mi vida en un segundo eterno. Por vez primera lograba verme a mí mismo, y había descubierto aquello que siempre y secretamente había anhelado: Sabía quién era... Comprendí el sentido de ese viaje de dementes que había hecho desde que me encontré con Pist. Mi vida entera había sido un viaje de aprendizaje que me había preparado para una única cosa, enfrentar éste momento.

Abrí los ojos nuevamente y vi el abismo ante mí. El viento aullaba con furia, y no sentía miedo alguno. Pero sin duda no esperaba oír lo que vendría:

- *¡Debemos saltar!* -gritó el capitán para que pudiese oírlo.

- *¡Vamos a destrozarnos contra el fondo!* -grité a mi vez.

- *¡No caerás! ¡Tu corazón va a sostenerte! ¡Entrégalo! ¡¡Entrega tu corazón!!*

Estuve a punto de cerrar los ojos nuevamente pero no lo hice. Ya no podía volver atrás, ya no. Como en un sueño vi mis manos elevarse hasta mi pecho, las vi abrirlo y extraerme el corazón. Las vi ofrendarlo hacia el cielo, y arrojarlo finalmente hacia el abismo. Me sentí extraño. No estaba muerto... esa sensación no podía ser la muerte. Una gran paz me invadía, una tranquilidad sin fin y un dejo de melancolía. Lo que vi a continuación me dejó boquiabierto. Un puente de luz se levanto sobre las nubes ante mis ojos, allí, justo delante de mí... pero no estaba completo, solo era una parte de él... comenzaba por el centro del abismo y se hundía en una nube al otro lado.

La voz del capitán resonó en mi cabeza mezclada con la mía:

- *¡Salta! ¡Salta! ¡Ahora! ¡¡AHORA!! ¡¡¡ A H O R A !!!*

Salté sobre las nubes consciente de que era imposible llegar. Giré en eternos remolinos y me mezclé con el aire. Tenía la sensación de que me desintegraba y mis moléculas se mezclaban y mezclaban una y otra y otra vez. Luego un destello como un rayo de luz cegadora infinita. Sentí que mis pies cayeron sobre el puente al tiempo que me oí gritar:

- ¡¡CAPITAAAAAAGHHNNN!!

- *Aquí, aquí...* -dijo una voz en mi cabeza- *Éste es el secreto que tenías tan guardado. Hemos hecho un largo recorrido para poder unirnos y ser al fin uno.*

Miré mi pecho abierto y una suave luz salía de él e impregnaba cada fibra de mi ser... No, no había perdido el corazón, su fuerza inmensa me sostuvo en el abismo... No, no lo había perdido, mi corazón estaba allí en todo mi ser... Volteé la vista a mis espaldas y por entre las nubes pude contemplar el sitio del que provenía. La imagen desaparecía velozmente lo mismo que el tramo del puente en que me hallaba que se alzaba imponente sobre el abismo... comencé a correr al tiempo que no dejaba de mirar. *Keter*, la cadena de montañas que rodea el mundo se alzaba majestuosa y terrible como una muralla impenetrable erizada de filosas púas que advertía al extranjero que nada ni nadie podrá penetrarla nunca, y alertaba al parroquiano que vivía tras ella que ninguno, nadie, podrá traspasarla jamás...

- *Parece Selene* -dije para mí.

- *Eso es Selene* -dijo una voz dentro de mí.

- *¿Y a dónde ire ahora?* -pregunté sin dejar de correr.

- *A otra* -me respondió.

Llevé la vista hacia adelante y quedé sorprendido de lo que vi. Allí estaban, casi gigantescos, enormes y sonrientes lo que en principio creí era mi propio rostro que extrañado me miraba fijamente. Luego supe que en realidad se trataba de un tal Alasin y de que era mi padre... junto a él se encontraba la mujer más hermosa que hubiese visto nunca, una tal Utuana, y que luego supe era mi madre. Complacido sin saber por qué cerré los ojos y, escuchando un canto suave que de mi interior venía, me invadía y diluía como si fuese un sueño, corriendo con renovado brío me interné en la niebla de ese mundo nuevo que comenzaba a abrirse ante mí como un misterio.

*Con cada ser que salta
el puente crece.
Con cada nuevo ángel en el cielo
hay un trecho
que ganamos al abismo,
menos niebla nos oculta la otra orilla
y en éste mundo cercano
hay más luz.*

*Vendrán días
en que el puente esté tan cerca
que tan solo un paso
bastará para cruzarlo.
Y habrá un día
en que el puente será inútil
porque todos
nacerán al otro lado.*